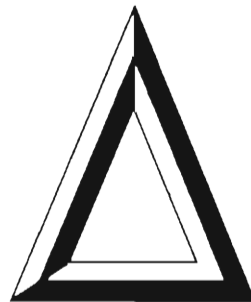




720

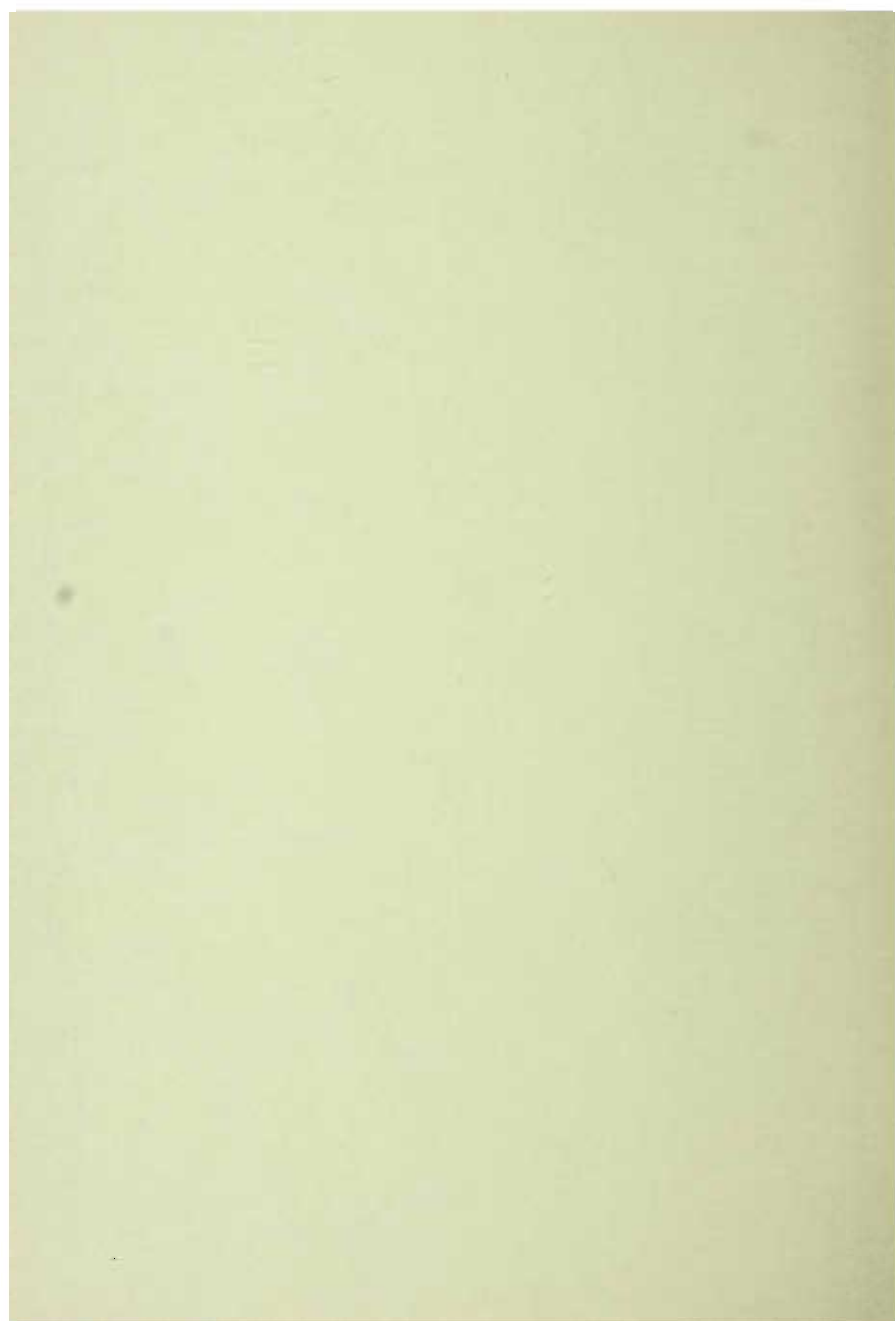
Jorge Arturo Ojeda

**CRISTINA
Y
OCTAVIO**



La paz del fuego 6

275



Jorge Arturo Ojeda

**CRISTINA
Y
OCTAVIO**

 **AZCAPOTZALCO**
CON EL BIBLIOTECA

2895883

La paz del fuego
6
México, D.F. 1981

242090

Colección La Paz del Fuego
Editor: Bernardo Ruiz
Asesor Editorial: Héctor Carreto
ISBN 968-597-2 52-4
Av. San Pablo 180, México 16, D.F.
© Jorge Arturo Ojeda, Derechos Reservados, 1981
Impreso en México/Printed in Mexico

CRISTINA

Me dices que el oculista te recomendó dejar de usar los lentes de contacto durante un mes para poder graduarte con exactitud las gafas. Tus labores de dibujante fuerzan tus ojos a un largo ejercicio de precisión. Tus diseños de vestuario son muchos y continuos para las obras de teatro más elogiadas de la ciudad. Se cansa tu vista. Te propongo acompañarte durante ese mes de vacaciones para también poder ver yo con mayor claridad.

Mi abuelo fue atractivo y ocioso, elegante y culto, afecto a la buena mesa y al tabaco aromático. Se casó por interés con una rubia heredera de muchas haciendas que la revolución aniquiló. Mi padre tuvo el don de encantar y agradar, fue siempre un seductor involuntario que encontraba en la vida el lado grato y llevadero; su mayor virtud fue la complacencia, y enamoró a tantas mujeres antes de su tardío matrimonio que mi madre desde recién casada hasta cuarenta años después reaccionó celosa a cualquier estímulo que pareciera distraer un poco la atención de su marido. Mi hermano, guapo y varonil, fue conquistado por una mujer laboriosa. Hago recuento de hombres en mi familia porque todos ellos tienen como característica el haber sido deseados, y a la inversa del hábito normal en sociedad, cortejados y regalados por mujeres. Tú me buscaste tanto por teléfono, me dejaste mensajes con dibujos bajo la puerta, me entrevistaste con fotos más desnudo junto a ti vestida, me hablaste de Venecia para ir. Yo te correspondí con cortesía y amistad, pero con indiferencia amorosa. Ahora me doy cuenta de que eras la mujer para mí.

Las pasiones rectoras de la vida se enraizan en las relaciones de parentesco y en la convivencia familiar de la infancia. Yo fui el sobrino predilecto de mi tía la bella, mujer de vida mundana, tan afecta a los cosméticos que me hace referir siempre la belleza a las revistas de modas. Todo el artificio de la voz y del gesto, la postura buscada y la actitud artificial han sido siempre para mí lo más aceptable. A fuerza de

confrontarme con otras opiniones, he llegado a admirar la gracia lozana y hasta rústica, la amplitud saludable y selvática de alguna mujer joven. Quizá conociendo mis debilidades, me dijiste que habías sido modelo de una empresa de perfumes en programas de televisión. De pronto me pareciste más atractiva.

Un día me mandaste una tarjeta postal desde Tijuana, otro día una carta desde el hotel del Angel, ambas con dibujos de grillos y arañas que saltan con palabras jocosas. Me siento halagado en la más íntima vanidad al releer los mensajes sucesivos en que me llamas 'inteligencia hecha músculos'. ¿Cómo sabías que la adulación que más colma a una hombre es a su fuerza corporal y a su cerebro? Pero en otra ocasión me dejaste por debajo de la puerta este poema:

Tú que tienes brazos todopoderosos
para empuñar los remos
y navegar en un mar de piedras,
tú que pones todos los medios
para alejarte
de quien pueda desgarrar tu corazón,
dime por qué yo
cuando resplandezco
en mi luz más hermosa
y extendiendo los brazos
a quien ha despertado en mí esa luz,
provoco desconfianza y miedo,
alejo de mí todo lo que amo
y a quien pudo amarme.

Este es un poema tuyo, poema de mujer, y ahora que lo releo, debo hacer penitencia, pagar una multa, devolver el obsequio.

Trajiste al fotógrafo aquí a mi departamento a tomarme fotos desnudo, con mi gesto de entrevistado que atiende lo mismo al micrófono de tu grabadora que a la lente de la cámara. El fotógrafo usó una sombrilla blanca para opacar el relámpago de la luz. A mi lado estabas tú totalmente vestida de negro, botas negras de cuero, falda negra y blusa negra, y tu rostro blanquísimo sobresalía entre tu cabellera negra. Aquí, sentado al borde del escritorio, leo un libro de poesía; en el sillón hago un gesto de quien opina sobre graves asuntos mundiales; de pie frente al espejo, nos reflejamos los dos; tú miras con sorpresa aquí, abres los ojos desmesurados cuando yo río; allí bajas la cabeza; me apoyo en la pared, cubres con la grabadora mi sexo y vuelves el rostro asombrada. . . Así fueron las treinta fotografías, logradas en hora y media solamente. La revista se expende ya en estancillos y tiendas. Algún desconocido me detiene en la calle para bromear sobre mis desnudos tardíos y preguntarme por la hermosa enlutada.

Si vuelvo a recordar que la fijación en los gustos y la directriz de las pasiones se forjan en la relaciones de infancia y en las preferencias para algún pariente consanguíneo, hay un ingrediente más que me inclina hacia ti: naciste en el lugar donde nació mi madre. No debo decir que padezco una debilidad especial por ella, quien es más bien una mujer distante, serena y dada al cálculo. Ciertos hombres suaves y cariñosos evidencian en su trato que fueron bien amados por su madre desde la cuna. Mi madre más bien hubiera querido representar la lucha de los derechos femeninos frente a las cámaras, hubiera querido responder al informe presidencial; quizá por eso no fue buena cocinera ni repostera, pero en contrapartida siempre estuvo informada de los cambios políticos y avances económicos del país. Encuentro una coincidencia contigo: eres mujer autosuficiente, activa, dueña de tus gastos, de tu persona; resuelta a actuar sin opiniones ajenas, te diriges a las cosas y las tomas. Debo decir que eres mujer emancipada en el mundo moderno y masculino, y eso de que naciste en el mismo lugar de mi madre sólo es un pretexto para argumentar mi amor.

Fuimos a la exposición conmemorativa de Saturnino Herrán en el palacio de las Bellas Artes. Yo quería que me explicaras algo de aquella mujer con mantón y abanico, pero tú mirabas y seguías al otro cuadro. Apelaba yo a ti para que me indicaras la calidad de los bocetos, o bien, los tonos de luz y color al óleo. Pero veías y pasabas al siguiente cuadro. A la salida me hiciste preguntas sociológicas e históricas que respondí con esfuerzo, pero no escuchabas mis palabras. Comenzó mi indiferencia.

En alguna ocasión de mucha alegría interna, profunda, como cuando abro un horizonte a mi experiencia, cuando asisto a un nuevo espectáculo, cuando compro algún objeto deseado o me pongo un traje nuevo en alguna ocasión de esas me duele el estómago. El inconsciente no sabe si lo que ocurre es positivo o negativo, simplemente somatiza la emoción. Pero he descubierto que el licor me relaja y alivia, disminuye el malestar drástico: una o dos copas amainan la tensión. Una marca de tequila lleva tu apellido. Recientemente me siento inclinado a comprar una botella, aunque no tenga yo ningún malestar. Miro tu apellido en la etiqueta y se me antoja un trago.

Tenías un hombre al que amabas (al que amas todavía) que era tu compañero en la escuela de pintura. El frecuentaba las drogas y se suicidó: sentado en el sillón, con la biblia en las manos, fue encontrado un día. La noticia te llegó de fuente lejana y durante mucho tiempo lo veías al subir a un taxi, al dar la vuelta a una calle, al entrar a un edificio: su rostro se figuraba en todas partes. Guardaste el autorretrato suyo en un ropero durante un año, y después, cuando decidiste colgarlo en la sala, su imagen con mayor fuerza apareció a la luz de la ventana. Yo te dije: "¿Por qué no quitas ese retrato de allí? Los duelos también deben terminar".

Te fuiste a Europa: un viaje al que me invitabas sabiendo que yo no podía aceptar. En Londres entrevistaste a un famoso escritor. Desde

París me escribiste el 14 de julio: "La gente con la cara pintada baila y canta en las calles del barrio Latino. Leo acerca de la ciudad de México y aun tan lejos me asusta, pero las ciudades, para mí, los hacen los amigos que quiero como a ti". Desde Venecia, donde supuestamente residiríamos tú y yo, me enviaste una única tarjeta postal, obra maestra de diseño y de ingenio en las palabras y en el trazo, con colores naranja y violeta en los nombres; rojo, azul celeste y verde en los márgenes, en la firma y en la fecha: "En la foto se ve el barrio en que vivo. Si en México estoy entre las calles de río Lerma y río Duero, aquí navego entre el río del Mapaga y el río San Barnaba. Me gustaría que de pronto se cruzara el río Hudson para que me contaras tus últimas reflexiones". Sobre la foto de la tarjeta postal pegaste un dibujo adusto y solemne y en el dorso pusiste la pregunta: "Chi è l'imperatore romano che, eletto per acclamazione dai pretoriani nell'anno 68, alla morte di Nerone. . ." Yo no lo sé, pero tú misma añadiste en un costado la respuesta: el emperador es Galba. Miro la góndola en el muelle del canal.

Hiciste una historieta para la publicidad de un libro mío. En el primer cuadro aparece una muchacha que lee: "...sé desde ahora que llegaré a lobo triste, aburrido de libros y sin estepa. . ." En el segundo cuadro la muchacha que lee se ve que está sentada sobre grandes volúmenes de Proust, Dostoyevsky, Hesse, Neruda, Sartre, Ibsen, Durrell, Wilde, Nietzsche, y estos grandes volúmenes se apilan sobre el globo terráqueo, que es pequeño. En el tercer cuadro, la muchacha remota, con la cabellera al viento, grita con grandes mayúsculas ¡Jorge Arturo! . . . y yo que archivé esa historieta durante tanto tiempo. . . pero ya la he sacado y puesto en un marco, porque ahora yo grito ¡Cristina! ¡Cristina!

Fuimos al teatro con el propósito específico de ver el vestuario que diseñas. Hacía tiempo que no te visitaba en tu casa. Te encontré delgada en extremo, con el cuerpo de una niña de quince años, frágil, espiritualizada, pero todavía con el rostro de haber sido modelo de anuncios de perfume. Entonces me convidaste al teatro. Reímos mucho du-

rante la función y aplaudimos con generosidad. Después compartimos los platos de la cena en un restorán que hacía mucho tiempo no visitábamos. Me dijiste que pronto te cambiarías de casa, que dejarías de ser mi vecina cercana.

Ayer me detuve frente a tu edificio, después llamé el timbre, después crucé la puerta de la calle y subí las escaleras, vi la puerta de tu departamento abierta: entro, está casi vacío, me percaté de los muebles que algunos hombres sacaban a cuestras y metían en el camión de mudanzas. No he vuelto a saber más de ti. Contigo pierdo a la esposa.

24 mayo 1980

OCTAVIO

He sacrificado la mayor parte de mi vida en soñar y en creer en la belleza. Ha llegado el día en que yo haga un balance y me pregunte si la vida vale la pena, si el esfuerzo merece continuar. Esta vida no basta, no es suficiente. Aquellos que tienen la fe en una vida eterna después de ésta, resuelven el problema con el consuelo del perdón de sus maldades pasadas. Aquellos que esperan la disolución de su ser en la homogeneidad en que desaparecerán las particularidades de cada uno para integrarse al todo, ya tienen desde este mundo solucionado el destino de su silencio. Pero hay otros, como yo, que se desesperan ante esta vida que no basta y no creen en otra porque solamente esta materia existe, composición química, transformación de plantas o de piedras, destrucción de células y órganos, fosilización. Sólo esta vida existe, y no basta. Sé que soy como el hielo que se derrite bajo el sol, como la planta seca que se desbarata en polvo, como la roca erosionada. Soy un objeto más de la materia y no es necesaria mi existencia. Si yo fuera grillo, zumbaría con mis élitros toda la noche; si fuera perro, ladraría a la luna, pero sólo tengo palabras, palabras, inventos de fonemas, ruidos por la garganta y la lengua, como gruñidos de matizada emisión que al fin de cuentas no significan nada.

Es tiempo de liberarse de algún modo: sudando gotas anchas, llorando con delirio, comiendo ansiosamente. . . Pero yo sé que la única curación es el colapso del placer amoroso. El hombre ha inventado sustituciones: el licor como ensueño, el tabaco como distracción, la droga como fuga. La neurosis es el contrapeso a los anhelos y las frustraciones, y una arbitrariedad positiva: el arte. Yo tengo palabras, pero quisiera tener colores o tener sonidos. Pintor y músico para querer explicarme también así la vida. Pregunté a un amigo: “¿Vale la pena la vida?” y él dijo: “La vida no se pregunta. La vida está allí”. Tenía razón: la vida humana es como la planta del jardín, no se pregunta.

Pienso en otras épocas. Cada pueblo ha tenido un momento de florecimiento en el arte. Pienso en los pintores italianos del renacimiento, en los poetas alemanes del romanticismo, en los pintores impresionistas franceses, en los poetas místicos españoles, en los pintores del gran siglo holandés, en los escritores rusos del realismo. Idealizo cada momento de la historia como si fuera muy bello. Quiero creer que yo pertenezco a una etapa dorada de la evolución del arte. Sin embargo la vida cotidiana es más importante que cualquier horizonte histórico, y solamente nos espera la muerte, en la que todo acaba, y no hay más. Ahora entiendo las palabras de aquel político a los otros tres con quienes había repartido Europa después de la guerra monstruosa: "Pero aún queda la muerte". Esos hombres poderosos también murieron. No comprendo bien el verso del poeta que dijo: "La pena de los dioses es no alcanzar la muerte".

Afuera llueve. Recuerdo mi adolescencia, afectada en el sentimiento por la lluvia, que me tornaba melancólico. En aquel tiempo temblaba yo de anhelos y ambiciones sin pensar que existe la muerte. Quería yo construir, elevarme, edificar; creía yo en los arcos de triunfo y en las coronas de laurel. Pero el cuerpo se cansa y con él el espíritu. Y se ve el tiempo que pasa dejando marcas en el rostro y pesadez en la espalda. El tiempo pasa destruyendo el ideal porque la vida es dura.

¿Será cierto que las obras de arte son sustituciones de la realización de los deseos en la vida? ¿Será verdad que la frustración es la promotora de las obras del espíritu? Triste destino. Yo sólo quiero vivir y tú no estás conmigo. Me propongo razonar y hacer justicia: cuántas veces yo he maltratado a alguien en sus sentimientos, cuántas veces he reído con el dolor que provocho en otra persona. Ahora yo me lamento y me siento herido. ¿Es acaso el precio que pago? Pero si durante toda mi vida he pagado ese precio. Pienso en amigos muertos, en poetas muertos. Me cuentan que uno de ellos deseaba morir. Ahora lo comprendo.

Deseaba morir y no me parece tan horrible pensarlo. Vivir es tener vicisitudes, angustias, penas, preocupaciones. Morir es no padecer de nada. Porque no hay nada después de la muerte. Y sin embargo esta vida no hasta, no es suficiente, no es total.

Me quedan las palabras. Palabras que son gruñidos, gruñidos que son como el croar, el aullar, el barritar, el mugir; los berridos que son las palabras.

Pero el cuerpo que deseo debería estar conmigo. Y yo sé que me amas. Me vienen las ideas a la cabeza como aluvión: me acuerdo de los laberintos de la Edad Media. Me pregunto si los insensibles al arte, los deseosos de dinero, los prácticos, aquellos que no tienen muchas cosas en la cabeza, también sufren de sentimiento. Me pregunto si esos insensibles también tienen su infierno de amor.

Hace pocos días yo veía la inutilidad de la vida, la muerte en todas las manifestaciones, el acabamiento del mundo. Veía yo que todo es vano porque todo se transforma y va a la muerte. Quiero vivir ochenta y cinco años, noventa y cinco años, novecientos noventa años que dice la biblia, porque no hay más vida que ésta ni más amor que el que dan los semejantes en su carne. Y tú no estás conmigo.

Para evitar todo mal hay que dedicarse a la meditación, al ayuno, al estudio. La sabiduría es la felicidad. La meditación es el nivel más alto del hombre. Y tú no estás conmigo.

Las ideas de la muerte ya pasaron porque pienso en ti, que eres la tortura, pero la vida.

Es bueno abandonar la vanidad que nos impulsa a querer dejar obras imperecederas para la posteridad. Es una enfermedad de nuestra cultu-

ra: sacrificar la vida para conseguir un monumento de bronce después de la muerte. Esto se lo he dicho a una persona famosa y sonrió con desdén y con lamento, como si le echara limón en una llaga y sólo afirmó: "Qué terrible hacerse el monumento". Hay que renunciar a la gloria y la fama para que la vida sea vivible. Importa más la fruta que compro y que como, el espectáculo a que asisto como un desconocido, al placer de encontrar a quien tome mis manos, respire cerca de mí y palpite su pecho junto al mío.

Es forzoso renunciar al amor apasionado, a la historia de frenesí y de sobresaltos. Es forzoso renunciar al matrimonio tradicional con los hijos y la imagen del decoro que ya no cumple con las necesidades de nuestro tiempo.

Solamente queda la amistad. El amigo que me quiera y que me acompañe, aquel que pueda estar siempre lejos, para no fatigarnos.

Hay que saber estar solos. El aislamiento meditativo reconforta mucho y fortalece. La soledad es un gran tesoro.

Espero que alguien me llame por teléfono para visitarme y luego tener un encuentro sexual. Sentí que había comido con exceso y tenía asco. He pasado cuarenta y ocho horas sin probar bocado y me siento muy bien. Hoy he comido una cantidad normal de carbohidratos y proteínas y mañana no comeré nada durante todo el día. Iré a la ópera a escuchar 'El buque fantasma'. Leí el argumento, el mismo que ya conocía, pero más detallado. Yo sabía que el Holandés andaría errante por los mares hasta encontrar un amor, andaría errante eternamente y cuando encontrara ese amor moriría. El argumento ahora es más preciso: el Holandés va errante por siempre, buscando un amor que lo redima; al fin lo encuentra y muere, que es su deseo. Así cambia la historia. ¿Se puede desear la muerte? Visto desde lejos, sí, como algo que les suce-

de a otros y que a nosotros nos llega como una noticia irrelevante. Cuando se trata de una obra de arte, la muerte se vuelve símbolo, belleza o énfasis dramático. Pero vista la muerte desde cerca, como un dolor y como la pérdida del todo, entonces es horrible. No ser. Me parece un puro jugueteo intelectual el decir que mientras se vive se siente angustia, ansiedad, se padecen enfermedades y carencias, pero ya muerto no se sufre. Otra especulación intelectual es la contraria: es preferible la cólera o los celos, el rencor y el abandono que no sentir nada.

Pienso en ti ahora, amigo que quiero, porque me dijiste que nos veríamos el lunes próximo para tomar un café juntos. Tengo miedo de que no asistas. Planeo entonces llamarte por teléfono muy temprano avisándote que no debes dejarme solo en la cita. Hay algo que me molesta: dar mi nombre a tu hermana; me molesta también evidenciarme con tu madre u oír la voz de tu padre. Eres muy joven y dependes de la familia. Escucho ahora por radio el movimiento lento de la segunda sinfonía de Schumann, y siento que te amo, que no debo advertirte por teléfono que robarme el tiempo es un delito, por si me dejas esperándote inútilmente en el café. Me vestiré muy serio, como nunca me has visto, con mi traje gris y mi corbata gris, camisa blanca, y cuando saque el pañuelo del bolsillo, será de lino blanco; me pondré la loción fuerte y cara, y tomaré un agua mineral, tú un café, y después te irás, porque ya no quieres que nos veamos en la intimidad de una recámara. Tú puedes ser la amistad amorosa y quiero que me dure. Eres muy joven, más joven que yo, y me toca a mí domar al potrillo.

Hace unos días vi tus manos encallecidas por la barra metálica de que te cuelgas para hacer ejercicio. Eres un buen atleta, te he felicitado repetidamente. En la mano derecha, cerca de la muñeca, vi que había un callo de más, y me explicaste que era producido por la raqueta de tenis. Ayer fui a una tienda grande y compré un par de guantes para albañil o jardinero, y en el cartoncillo de la marca de fábrica, escribí "Especiales

para hacer barra" y los entregué a una sirvienta a la puerta de tu casa. No podemos vernos este fin de semana, me dices después por teléfono, porque ya estás comprometido a salir con tu novia. Me encelo de que pongas demasiada atención en esa muchacha, pero no puedo, más bien no debo oponerme a que la tengas.

Todavía no he hablado teoría contigo, no me he dado al cansancio de exponer como buen seductor que el amor de un hombre a otro hombre es algo muy distinto al de una mujer y que un amor homosexual no obstruye el amor heterosexual y que se pueden tener los dos al mismo tiempo. Eso lo hace un buen seductor, un experimentado amante. Tengo más años que tú, muchacho, y con todo y todo no me juzgo ducho en las artes del convencimiento amoroso, quizá porque me parecen perwersas y porque tanto artílugio termina obteniendo una recompensa mínima después de un esfuerzo descomunal. Además hay otro ingrediente: tú no eres intelectual. Y además una verdad: las cosas que se sienten en la piel y se gozan, mueven más que cualquier razonamiento; el deseo calmado después de la urgencia es lo que más motiva a volver con la misma persona al mismo lugar.

Ya no puedo ser tan ostentoso ni soberbio y ha llegado el día de la humanidad, el día en que me contento con las migajas del banquete. Acepto lo que me des. Si el lunes próximo no asistes a la cita, tengo el propósito de no volverte a buscar. Espero ser tan fuerte para no solicitarte de nuevo. Así sucede: uno agobia a la persona deseada, uno la agobia con peticiones.

He comenzado a gozar el encierro de mi departamento, aquí arriba, en el último piso del edificio. Lo que yo siempre consideré tan soso y aburrido ahora me causa bienestar y agrado. Estar aquí, conmigo mismo, con las pocas cosas que me regocijan: unos libros, el termo lleno de té de pasionaria, la música suave, la luz diluida y todos mis recuerdos

para rehacerlos y acomodarlos para futuras ficciones. Esta es la soledad bien merecida, ganada a pulso: puedo llamarla soledad triunfante. Quizá estos minutos que me propician la meditación sea la felicidad que busca cada hombre, el estadio medio y sereno. Nunca sospeché que fuera tan agradable estar solo durante horas, conmigo mismo, sin altibajos.

Llueve. Tomo el paraguas, me calzo los cubrezapatos de hule y voy a la tienda a comprar una botella de vino rosado. Subo las escaleras de nuevo. Llueve y apenas me acuerdo de los poemas que escribí en la adolescencia (*me bebería ese charco tantas veces que me hartaría en luceros*), apenas me acuerdo de los estados de profunda melancolía que me sobrevenían en las tardes de lluvia. Hoy llueve. Llueve esta tarde pero ya no padezco hundimientos del ánimo. He escuchado las gotas caer sobre la azotea, el tragaluz, el ventanal durante horas, caer con un ruido a la vez monótono y diverso. Me asomo entre la cortina y veo la calle mojada, escurriendo agua por la acera. Abro la botella de vino rosado, me tomo un vaso y mi cuerpo se relaja un poco más y mi pensamiento se suaviza.

Mi amigo quedó conmigo que nos veríamos en un café. Llovía y me tardé algunos minutos en vestirme. Oí la lluvia y yo sabía que él no asistiría a la cita, quizá sí, pero de asistir él, sería yo indiferente. Me calcé los cubrezapatos de hule y abrí el paraguas: llevaba libros para la lectura. Yo sabía que él me dejaría plantado. Pero al llegar yo y abrir la puerta del café, qué sorpresa: él estaba allí, esperándome, y yo retrasado. Alzó una mano como seña. Me dirigí a él y conversamos un rato. Le ofrecí mostrarle algunas páginas que había yo escrito por él, más bien cartas a las que había sacado copia antes de enviarlas. Y luego, por un pretexto o por otro, llegamos a mi departamento. Me preguntó por algún libro pornográfico y yo le respondí que había comprado uno por razones literarias, para analizar la redacción. Y comencé a leer los párrafos obscenos. En la carátula del libro dice 'sólo para adultos'. Yo asegu-

ré entonces: “Esto debería de anunciarse como sólo para muchachos, para chavos, porque un adulto no puede entusiasmarse con esto”. Tú me dijiste entonces que siempre que leías esas cosas terminabas masturbándote y lo mismo tus amigos. Con eso quedaba comprobado que son libros para gente muy joven. Seguí leyendo los párrafos obscenos, cerré el libro, puse mi cabeza en tus piernas, te pedí que me hicieras cosquillas en la espalda y luego te abracé y te besé diciéndote: “Necesito un amigo. Todo hombre necesita un hombre”. Luego nos fuimos a la cama, sólo iluminados por una luz de vela. Me pediste que te diera masaje en los hombros porque estabas muy cansado del deporte, y te di masaje. Todos los días te levantas de madrugada para impartir tu clase al grupo de varones y de damas: eres profesor de gimnasia. Después de cumplir con el deber, te dedicas a hacer ejercicio. Te levantaste de mi cama para mirarte en el espejo. Tu cuerpo desnudo hace recordar a las estatuas clásicas. Te vi algo más corpulento y te pregunté: “¿Has subido de peso?” “Sí. Como tres kilos, porque me preparé para un concurso”. Se acostó en la cama de nuevo y nos abrazamos y besamos hasta que me dijo ya no me beses. Le chupé las tetillas, le mamé la verga, le lamí el ano, le mordí las nalgas. Después se echó sobre mi espalda, me penetró, hizo movimientos y tuvo jadeos, al fin respiró de descanso y me dijo: “Tienes un culo muy sabroso”. Después yo me unté crema en la verga y lo penetré. Cuando uno le da a su amigo y luego el amigo le corresponde, eso se llama ‘la vuelta charra’. Después lo invité a cenar.

Miró la carta y le aconsejé que ordenara sesos a la mantequilla negra y conejo a la provenzal. Eso comió y yo le robaba un poco de cada plato. Hablamos de deportes. Me dijo que envidiaba que yo tuviera muy fuerte la base de la espina dorsal y el coxis. Yo le dije que estaba feliz por tenerlo allí, junto a mí.

—El Chatillon es nacional —dijo el mesero—. Le puedo traer otra botella.

Sonreíste diciéndome:

—Me da pena. Me haces que me avergüence. Estás contento de tenerme y me siento cohibido. Desde aquella vez que estuvimos juntos nunca volví a estar con un hombre y consideré que mi relación contigo había sido una debilidad.

Entonces yo dije:

—Un hombre necesita siempre a otro hombre. Tú y yo simplemente somos amigos. Esta es una amistad erotizada, sexualizada, pero no es más que una amistad.

Tú dijiste:

—Si conocieras a mis colegas, a la gente que yo trato. . . Todos ellos hacen ostentación de las mujeres que desprecian, de lo machos que son, y yo como ellos. Pero ahora estoy contigo, cenando, y pienso que lo que acabamos de hacer en la cama estuvo bien hecho, sí, que estuvo bien que lo hiciéramos. . . Pero yo tengo a una amiga, a mi novia. Yo todo lo cifro en una mujer.

—Quisiera conocerla —me apresté a decir—. Está bien que la tengas. No hay ningún impedimento. Tú y yo solamente somos amigos y ninguna ley nos une ni nos obliga.

Salimos a la calle, pasé mi brazo por su espalda, le pellizqué una tetilla, le besé el cuello y la oreja, le dije que lo amaba y él me respondió que también. Muy noche, en medio de la gran avenida, me besó la boca con un gran beso mojado, con mi lengua y su lengua tocándose y moviéndose. Luego ordenó: “Ya déjame aquí. Vete”.

Me masturbé después de meterme a la cama, antes de dormir; me masturbé en la madrugada, me masturbé bañándome. Soy feliz y pienso en ti, a pesar de que me hayas dicho que no me ilusione.

Habías declarado la verdad total en el restorán, cuando probabas el vino:

—Tú y yo no tenemos más relación que la carne y los minutos de la acción sexual. No tenemos ningún otro punto de referencia en común.

Han llegado días de serenidad para mi cuerpo y mi mente. Ayer quería comunicarle a todo el mundo que amaba con plenitud a un muchacho. Yo ya soy un hombre que entra en la madurez. El es joven, pero su vida hogareña, vigilada por sus padres, con dos hermanas, me hace pensar que su experiencia mundana es poca del mismo modo que su vida intelectual.

El día que lo acompañé a la universidad, caminábamos por una acera lejana; él se detuvo y señaló un arbusto con una penca de flores blancas. “Esas flores blancas se comen”, explicó, pero como seguimos caminando yo le pregunté cuáles y tuvimos que desandar el camino un trecho. “Esas”, señaló, yo las vi, y nos metimos en el prado, alcanzó con una mano una flor y continuó diciendo: “Se muelen estas flores y se hacen harina. Saben muy sabroso y son alimenticias”. Allí estaba definido todo él: sensibilidad simple y directa para gustar de las cosas naturales. Es una experiencia muy singular mirar a un joven varonil y musculoso arrancar con delicadeza una flor del arbusto y mirarla en la palma de la mano maciza.

Vivo horas serenas encerrado en mi departamento, leyendo, preparándome la comida yo solo (hot cakes con miel y nueces), escuchando la tormenta larga, cuidando que las cubetas estén centradas bajo las

goteras. Y a veces paso de la tranquilidad a la alegría cuando me acuerdo de ti y de la frase: “Tú eres mi chavo”, como te lo dije. Y tú preguntaste: “¿Y tú qué eres para mí?”

Ahora que estudio ruso me doy cuenta de lo manuable que es, lo fácil de usar en las frases de utilidad inmediata. Comparo el ruso con la lengua española y la encuentro llena de circunloquios; quizá es la herencia de la retórica latina. El latín llegó a complicadas elaboraciones oratorias para el foro y el litigio. La lengua rusa me parece muy práctica: usa las palabras al alcance cuando la española elabora complicadas oraciones subordinadas en diversos modos y tiempos verbales.

En un pasillo del metro choqué con un hombre apresurado y mi reloj de pulso se quedó colgando de un lado pues del otro se le había zafado un perno. Decidí ir a dejarlo en reparación, pero como tardarían más de un mes en devolvérmelo, me resolví a comprar un reloj nuevo con una señora, amiga de los escritores, que tiene su establecimiento cerca del Zócalo. Yo me sentía obligado a hacerle una compra después de haberla visitado tantas veces durante tanto tiempo. Me compré un reloj japonés automático, de ésos a los que no hay que darles cuerda sino simplemente traerlos puestos. Hoy por la mañana recogí mi reloj suizo con su vieja y hermosa correa de piel de tortuga. Me he puesto un reloj en la muñeca derecha y el otro en la izquierda. A un catedrático de la facultad de Ciencias le preguntaron ¿qué es el tiempo? y él respondió: “Lo que marca un reloj”.

Ahora recuerdo que estabas tendido bocarriba en la cama, te levanté las piernas por encima de mis hombros y puse la almohada bajo tu cadera, para que estuviera bien levantada y que mi verga, ya con crema, pudiera entrarte por el ano. Comencé a moverme mucho, en vaivén rápido; tú me apretaste con las manos los pectorales y me dijiste: “Saca la lengua como perro”. Saqué la lengua como perro y seguí moviéndome.

En el momento del éxtasis, me desplomé sobre tu cuerpo, te abracé pi-diéndote que me besaras en la boca. Después de unos minutos, te pedí que me poseyeras del mismo modo, que me dieras ahora tú a mí; pero ya me lo habías hecho y un segundo orgasmo te era imposible. Recuerdo que te dije: "El mejor amor es entre dos hombres, porque el hombre tiene pechos y nalgas como la mujer, pero además verga para poderle dar y que te dé".

Hay épocas y culturas que prefieren alguno de los cinco sentidos. El tacto tiene cada vez más importancia en nuestros días. Recordemos que la vista fue especialmente valiosa en la Edad Media y que la ceguera fue uno de los peores males; es singular que en esas épocas abundaran los videntes. Ahora el tacto cobra importancia porque el placer es un reciente descubrimiento en nuestra cultura. He pensado escribir un libro con este título: *Donde trasciende tu cutis*. La palabra trascender es hoy la clave. Lo que en el Renacimiento no era valioso porque no portaba los ideales griegos y romanos, en nuestra época es aquello que no trasciende. Porque hay que trascender, ya que lo trascendental es no ser intrascendente. Sí, algo que trascienda. Cutis es la parte cultivable de la piel por su belleza: cutis es el tacto importantísimo de nuestros días, con una sílaba inicial, como alusión gongorina, del *cutis* del cuerpo. Por cierto que es mejor poner una jalea estéril en el pene para la penetración rectal. Esa jalea es usada para auscultación clínica con instrumento, no mancha la ropa y se quita con agua.

Estábamos mi chavo y yo en la cama cuando llaman al timbre. El me preguntó quién era y yo le dije que no sabía pero que no importaba porque yo no iba a abrir. ¿"Crees tú que yo voy a atender a alguien? ¿Crees que voy a interrumpir ahora que estamos tú y yo gozando en la cama?" Entonces él se rió y me dijo: "Tienes la verga como un cohete interplanetario", y nos volvimos a abrazar. Nadie volvió a tocar el timbre.

En el museo de cera de Boston están narradas una vidas paralelas de exactitud forzada: cómo el presidente Lincoln tenía un secretario llamado Kennedy y el presidente Kennedy tenía un secretario llamado Lincoln; cómo le advirtió el secretario Kennedy a Lincoln que no fuera al teatro y cómo el secretario Lincoln le advirtió a Kennedy que no fuera a Dallas. . . Enfrente están algunas torturas: una jaula con una rata viva se aplica por una abertura al vientre del prisionero, se prende fuego bajo la base metálica de la jaula y la rata se ve obligada a salir por la abertura, es decir, a destrozarse el vientre del prisionero. En la esquina están las figuras del Hombre Lobo y Drácula; el tríptico del espanto: Mao, Castro y Lenin. Seguí caminando con una cierta sonrisa y gran complacencia, cuando de pronto escuché un ruido extraño, algo se arrastraba, rozaba paredes. En mis varios recorridos por el pequeño museo de cera, me había percatado de que estaba yo solo a esa hora, que los otros dos visitantes ya habían salido del subterráneo sin alteración alguna. Pero volví a oír ese extraño ruido de algo que avanzaba y se movía. Aquí es donde queda comprobado el aserto de que la cultura anglosajona no llegó al espíritu sino al terror. Me puse a temblar sobresaltado, caminé rápidamente por un pasillo y me topé con la verdad: el ruido de algo que avanzaba y se movía era el de la trabajadora de la limpieza que desenrollaba un cable y enchufaba una aspiradora.

Me dijo mi chavo: "Desde aquella vez que estuve contigo no he estado con ningún hombre". De entonces acá ya pasaron siete meses. Yo tampoco he estado con nadie. Solamente la luz de una vela sobre la mesita junto a la cama nos iluminaba los cuerpos desnudos. Sí, eso de hacer sexo con alguien nada más por hacerlo no sabe a nada. Sí, a nada; pero entre tú y yo hay sentimiento, tú por mí ¿no? Y yo también por ti. Entonces sí es bueno que dos estén juntos, como tú y yo. Tú eres mi chavo. Sí.

Me bebo lentamente una botella de vino tinto en recuerdo de la que tomamos juntos en aquella cena. Mi chavo me preguntó por qué no me había tumbado a aquella mujer que me despreció, nos la hubiéramos cogido entre los dos, tú por delante y yo por detrás, pero ¿para qué? si íbamos a estar los dos abrazándonos con ella de por medio. No, tú con ella y yo con la mía. ¿Y para qué? Si yo con ella y tú con la tuya, íbamos a estar tú y yo besándonos. ¿No la deseabas? Ya no se trata de las puras ganas, era también otra cosa.

Durante décadas venían visitantes de los Estados Unidos a México a gozar del diverso paisaje, de los precios baratos, y admiraban sobre todo el carácter, esa manera exquisita y complicada en los modales mezclados con algo primitivo. Hallaban en nosotros lo natural aquellos procedentes de una civilización saturada de máquinas y clasificaciones. Pero de pronto ha sucedido lo inesperado: los ciudadanos de Estados Unidos se creían seguros porque en el registro se localizaban todos sus datos, pero de pronto se sienten atrapados: la paranoia se desata en formas megalomaniacas y delirio persecutorio. Abundan los crímenes sexuales, el consumo de drogas que hacen vaciar del cerebro el inconsciente animal: la barbarie. Ahora nosotros visitamos los Estados Unidos expuestos a presenciar actos salvajes.

Quizá venga una época de olvido. Así como los clásicos griegos fueron siendo olvidados en la sucesiva cristianización de los pueblos, del mismo modo puede comenzar a olvidarse la época técnica que nos ha dominado durante los últimos siglos. Se me ocurre pensar que ciertos libros considerados mágicos o de ociosidad mística de la Edad Media, comenzarán a ser desenterrados y leídos. Esoterismo, interpretación de los sueños son ahora más atractivos que los discursos racionales del siglo XVIII. Se comienzan a olvidar ciencias exactas y tecnologías; grandes bibliotecas modernas podrán ser quemadas como la antigua de Alejandría, u olvidadas como las que contenían pensamiento idólatra.

Después de meses de no verlo y de considerar nuestra relación terminada, me resolvía a buscar al chavo. Después de hacer mucho ejercicio en el gimnasio, como a las nueve de la mañana tomé el autobús para ir a su casa. Llevaba en el maletín deportivo una pluma y un pedazo de papel para dejarle un saludo escrito, pues iba seguro de no encontrarlo. Llegué a la puerta de su casa. Un hombre calvo me vio y se dirigió a abrir. “Yo buscaba el timbre”, le dije con una sonrisa. El hombre no respondió nada y después gritó ¡Octavio!, quien apareció, lo vi y desde lejos le dije: “Te has dejado bigote y piocha, ¿quién te reconoce?”. Caminé por el zaguán y me dijo: “Ah, hola, eres tú”. Hablamos frente a la puerta, luego en la acera, luego recargados en un coche estacionado. Le enseñé la revista Literatura Soviética con el homenaje a Chéjov y le dije que había comenzado a estudiar ruso, le mostré las páginas finales y me hizo leer algunas palabras de un cuento para estudiantes extranjeros. Apenas pude seguir fonéticamente el alfabeto cirílico. Octavio me preguntó: “¿Qué vas a hacer?”, yo le dije que nada. Entonces el hombre calvo, que era su padre, tomó el coche y se fue. Octavio me pidió que lo acompañara a la universidad donde se prepara para unos exámenes extraordinarios. Acaba de cumplir veintidós años. Además de su trabajo como profesor de gimnasia pronto tendrá otro como instructor de levantamiento de pesas. Cuando su padre tomó el coche y se fue, Octavio se puso distinto, contento, suelto, vio su reloj y vio el mío. Caminamos y me mostró un coche: “Este coche era mío pero mi papá lo vendió por mi mal comportamiento”. Llegamos a la universidad. Leí un rato Chéjov, afuera. Cuando él salió de la clase de matemáticas me dijo que se quedaría dos horas más. Preferí despedirme. En la puerta del edificio de Ciencias lo vi hermoso, con su cuerpo fuerte, su gesto sereno, su cabello abundante. Quedó de llamarme por teléfono mañana a la una. Tengo miedo de que se enrolle con otra muchacha que interfiera nuestra amistad. Quizá esto es el amor, lo que siento por Octavio.

Yo era niño y la televisión apenas comenzaba en México. Iba yo a ver aquella novedad a la casa de la abuela de un amiguito. Allí nos sentábamos a ver los toros el domingo: larguísimas corridas que a veces incluían toros de regalo. La abuela no perdía ni un solo minuto de la transmisión y cuando un torero era cornado, sacaba su rosario y comenzaba a rezar. A veces la hija de la anciana llevaba a una muchacha muy moderna y vistosa llamada Ninón. Yo veía colores llamativos en sus vestidos, gran desparpajo y una sonrisa amplia. Quiero rehacer los peinados que a veces confundo en mi recuerdo con bandejas de frutas en la cabeza y baile de mucho contoneo. En un reciente festival de homenaje fui a ver algunas películas de Ninón, que se cuentan entre las mejores del cine nacional, realizadas hace como treinta años. Ninón baila 'En un mercado persa' y se la acredita como autora de las distintas coreografías. Fui invitado a una comida a conocer a Ninón. Llegué a tomar el aperitivo y Ninón me hizo una sonrisa desde el sofá. Recordé la letra "Que viva la media naranja, que viva la naranja entera. . ." y ella continuó la canción. Recordé la escena final, en que se arrastra por el prado. Ella comentó las terribles complicaciones de aquella aventura rumbo a Río de Janeiro, el traslado de las cámaras, los aviones y los huracanes. Al fin fuimos al comedor. Nuestro anfitrión ofreció de nuevo carne de res en caldo con verduras y yo comenté lo que me encanta, pues coincide con la dieta del deportista. Pregunté al anfitrión por qué ofrecía siempre lo mismo y él me respondió que era una pura casualidad que siempre que lo he visitado haya el mismo menú, pues aseguró tener un variadísimo recetario de platillos y guisos. Ninón me sirvió el vino tinto. Por cierto que Ninón es la mujer más común y corriente. Aseguran que muchas actrices se comportan en la vida diaria como si estuvieran sobre el escenario. Ninón es ya una señora madura, pero cualquiera creería que su vida ha sido tejer y bordar. En ningún momento rebasa los gestos de la prudencia provinciana. Un repentino fotógrafo entró al comedor y Ninón se transformó: toda ella fue gestos al relámpago que iluminaba, poses mientras la libreta registraba sus declaraciones; de

pronto Ninón se levantó echando por el suelo la chalina que la cubría y se contoneó con la exuberancia cubana que fascinó al mundo. Esta mujer madura mostró la macidez de un cuerpo sin deterioro en la danza rumbera. Terminada la interrupción de la publicidad, Ninón tomó asiento en la mesa del comedor y seguimos charlando. De nuevo una mujer tradicional y sencilla, más guardaba silencio que intervenía, y sonreía con modestia. Yo agradecí al anfitrión, quien aseguró que a Ninón y a mí nos unía el caldo de res con verduras.

Octavio me habló por teléfono puntualmente, como lo había prometido, pero me dijo, para mi sorpresa:

—Te hablo para decirte que no puedo continuar la relación entre tú y yo porque no tengo inclinación.

—Yo solamente quería invitarte al teatro. Nuestra amistad no tiene mayores implicaciones.

Octavio especificó:

—Quiero decirte que tengo relaciones sexuales con una amiga y que me gusta más que contigo.

—¿No lo hice bien? ¿No te agradó? — pregunté.

—No. Sí me gustó, pero me gusta más con ella. . .

—Yo sólo quería invitarte al teatro — le dije como una argucia para retenerlo.

—Bueno, una invitación al teatro no te la puedo rechazar.

Fui corriendo al teatro para comprar los boletos, pues los domingos se agotan pronto.

He pensado muchas veces en los extraños movimientos de la afectividad. Octavio, si en verdad no quería ninguna relación conmigo, no tenía por qué comunicármelo por teléfono, sino simplemente olvidarme. Luego pensé que la mentalidad de oficinista está muy arraigada y ciertas personas se sienten obligadas a presentar su renuncia. Quiero más bien pensar que en él domina el sentido de la disciplina y el deber. Pero no alcanzo todavía a descifrar el significado de un telefonema que me anuncia una ruptura.

Al día siguiente, con los boletos en la mano, esperé que Octavio llegara al departamento. Luego bajé a la esquina de la calle pensando que se le había hecho tarde. Me resolví a ir al teatro a pedir que alguien me comprara los boletos que ya no utilizaría. Me puse de pie frente a la taquilla encomiando los boletos por su buen lugar, hasta que una joven pareja con una niña pequeña me los compró.

Al día siguiente llamé a Octavio por teléfono:

—Pensé que te ibas a disculpar por haberme dejado plantado.

Octavio comenzó a llorar diciendo:

—Tenías los boletos comprados, ya los tenías comprados —sollozaba—. No debiste haber ido a revenderlos a la taquilla, yo te los hubiera pagado, me hubieras dado a mí los boletos y yo se los habría enseñado a mi novia. Ella me dijo que si iba contigo todo terminaba entre ella y yo.

—No te disculpaste por haberme dejado plantado. Nuestra relación ya terminó. ¿Te gusta más con ella que conmigo?

—Sí.

—Nuestra relación ya terminó. Adiós.

Entonces Octavio se puso nervioso y me dijo que estaba dispuesto para todo lo que yo quisiera, para cualquier cosa, que él haría todo lo que yo quisiera, a cualquier hora. Pero yo solamente dije:

—Adiós.

Y corté la comunicación telefónica durante meses.

Un día me encontré a aquel amigo tuyo, Leoncio, quien eufóricamente me invitó a tomar un café. Qué cosa tan extraña, qué casualidad. Hablamos del alma, de la muerte, del tiempo, y al momento de despedirnos, porque yo estaba muy soñoliento, me dijo que tú me recordabas con afecto, a pesar de habernos visto sólo una vez.

Entonces me di cuenta de todo. Leoncio creía que solamente nos habíamos visto una vez, es decir, que Leoncio no sabía que tú y yo habíamos tenido encuentros íntimos.

Leoncio me dijo:

—Te tiene mucho afecto cuando te recuerda. Hay personas que uno recuerda siempre aunque solamente las haya visto una vez. Así Octavio te recuerda aunque sólo te haya visto aquella vez. . .

Leoncio no sabía que tú y yo nos vimos muchas y que yo me enamoré de ti.

Al despedirme, Leoncio me dijo:

2895883

—Octavio es alguien en quien se puede confiar. Uno lo deja de ver

durante mucho tiempo y al volver, él está allí, firme y seguro.

Estas palabras me hicieron volver a buscarte, a encontrarte de nuevo y amarte definitivamente.

He comprado muchos frascos de miel de todos los tipos y densidades y de distintas partes del país. Tenemos millón y medio de kilómetros cuadrados áridos y resecos para la mejor miel de colmena. Yo que nunca tomo azúcar ni chocolates, repentinamente consumo un octavo de litro al día. Los antiguos romanos disponían solamente de algunas cucharadas de miel al año, los que tenían cierta riqueza, pues los pobres nunca la probaron. Todo el dulce que necesita el hombre viene en las frutas; todos los demás azúcares son excesos mortales. La miel es una excepción pues la acompaña un prestigio místico.

Aquella primera cita que tuvimos Octavio y yo en el café no pretendía más que charlar, según yo. Pero él me dijo que el día que nos conocimos por medio de su amigo Leoncio, le había llamado la atención el cartel que tengo pegado en el estudio con un campeón exhibiéndose en distintas poses. "Me impresionó mucho", dijiste. Entonces te invité a ir a mi departamento. Caminamos protegidos de la lluvia con mi paraguas. Al entrar al departamento dijiste: "¿No quieres que te haga algunas poses?" Octavio fue vencido por su vanidad de deportista. Inmediatamente asentí y se desvistió quedando tan sólo con un calzón pequeño. Saqué del ropero la cámara y tomé varias fotografías. Después se echó sobre la colcha diciendo que estaba muy cansado, porque hoy trabajé mucho cargando las canastas y entregando a domicilio los arreglos florales. Octavio trabaja por las tardes en una florería. Se tendió sobre la cama pidiéndome que le diera masaje en la espalda. Me monté sobre su cadera frotándole los hombros y le dije que yo también tenía que quitarme la ropa. Apagué la luz. Afuera llovía y Octavio me confesó que realmente descansaba con su cuerpo desplomado en un abrazo con el mío.

Caminaba yo por las callejuelas de Venecia, cerca del Gran Canal. Entré en un salón donde había gente erguida de pie y algunos jugadores de billar agachados. Para un visistante que va desde tan lejos a ver una ciudad encomiada por su belleza y su leyenda, hay algo de vulgar y sorpresivo en un salón de billar. Venecia es una ciudad muerta desde hace muchísimos años y nunca se ha despojado de la bruma de fascinación turca que la envuelve. De pronto vi que todos en el salón estaban inmóviles. Fui a la sinfonola a seleccionar una canción, eché la moneda, se colocó automáticamente el disco y comenzó la música. Al momento, todos, que estaban inmóviles, comenzaron a fumar, a hablar, a girar sobre los pies, a apuntar con el taco la bola, a levantar los brazos. La música terminó y de nuevo quedaron todos inmóviles. Eché otra moneda a la sinfonola, la palanca puso otro disco, se rompió el silencio con otra canción y todos los hombres comenzaron a moverse automáticamente, a alzar las manos, a apuntar a las bolas de billar. Salí inmediatamente y el aire medieval del callejón me devolvió la realidad.

Un muchacho, a quien vi sólo una o dos veces de lejos, fue capturado por la policía. Había robado a un banco una cantidad grande y después lo anduvo diciendo por todas partes. En otra ocasión robó a un señor dinero y joyas, y el señor lo denunció y dijo además que el muchacho había robado a un banco. Yo lo recuerdo apenas: era atractivo de rostro, de baja estatura, delgado, bien vestido; parece que tenía un padre profesionalista que le toleraba todo y lo liberaba de cualquier prejuicio. Pues la policía lo capturó con su amigo que él amaba, pero él dijo: "A él no le hagan nada. El es inocente. Todo háganmelo a mí". Fue torturado: le sacaron las uñas, le dieron descargas eléctricas en el sexo; en fin, murió. Su cadáver fue recogido sin testículos. Al enterarme de todo eso, tuve miedo y temblores aunque quise ver todo con serenidad y distancia. Pensé en Octavio, quien me hablaría por teléfono hoy.

En la madrugada me angustiaba por el muchacho torturado y muerto por la policía y por su amigo, al que sólo le rompieron las piernas, y yo sufría, al despertar, pensando en Octavio. He esperado que me llame por teléfono y no lo ha hecho, como lo sospeché. Y me siento muy triste esta tarde recordando los versos "aunque vengas mañana, en tu ausencia de hoy perdí algún reino". Escucho por radio la cuarta sinfonía de Shostakovich, durante tantos años prohibida (por burguesa ¿qué es eso?) y tiene minutos en adagio que son de lo más hermoso de toda la música.

El ferrocarril me transportaba a Verona. Yo tenía una gran necesidad de defecar pero el vagón indicado estaba inmundado y su hedor daba náuseas. Los pueblos protestantes asean con esmero los cuartos sanitarios. Los pueblos católicos no. Esto ya se ha analizado: la acumulación de dinero es en el inconsciente la mierda: el banco está lleno de oro y el retrete perfectamente limpio. Yo me aguanté todo el viaje apretándome los intestinos. Un viajero estadounidense me mostró el asqueroso retrete para que yo me avergonzara, pues me creyó italiano. Al fin llegamos a la terminal y yo busqué calmadamente el lugar donde satisfacer mi necesidad. Un militar me indicó un cuarto grande. Entré y vi una gran poceta de mosaico sobre la que salían chorros de agua cada treinta segundos. Desenganché el cinturón, bajé un poco el pantalón, pujé pero sin resultado. Entonces el militar me dijo que me quitara completamente todo, calzón y pantalón afuera, me lo dijo a señas. Entonces yo hice un gran movimiento para ponerme en cuclillas a la orilla de la poceta: estallidos fueron la respuesta. Me alcé para volverme a poner en cuclillas y al fin por tercera vez: el agua salió y arrastró la reciente defecación. Abandoné feliz aquel cuarto grande, pero de pronto sufría una urgencia terrible de mear. Caminé junto a unos árboles y me abrí la bragueta junto a una banca. Un militar me vio. Al terminar de echar la última gota, me senté extenuado en la banca. El militar luego me llevó ante otros militares y me mostró como un caso de heroísmo. Ha-

blaba en un italiano vibrante del que no entendí ni una sola palabra; solamente eché dos pedos que marearon a uno de los interlocutores. Me despedí dando las gracias y luego, mientras caminaba, comencé a tener un mareo. ¿Cuántas horas me había yo aguantado? El mareo cesó y sin causa alguna me puse a reír. Reía yo y las lágrimas me salían incontenibles. Carcajadas eran las mías: estaba satisfecho. Seguí caminando y me sentí gozoso y sereno. Vi los edificios de Verona. Qué hermosa es la vida, pensé. (Yo ya había cagado). Qué dicha es vivir (yo ya había cagado). Y me dispuse a conocer la ciudad.

En el teatro Bolshoy de Moscú me prestaron unos binoculares para apreciar el ballet. Pero los lentes estaban desafocados. Los fui a cambiar en el intermedio con las personas que atendían junto al guardarropa. Tuve la extraña sensación de estar en un teatro hecho para la nobleza con público común y corriente bajo los estandartes del proletariado. Sentí que los binóculos que prestaban gratuitamente eran vejestorios que habían quedado de tiempos de Alejandro III o de Nicolás. Eran binóculos dorados.

La empresa que revela rollos fotográficos me entregó los negativos y algunas fotos; las tres en que está Octavio desnudo de cuerpo entero no fueron entregadas (el glúteo toca el tobillo del pie izquierdo, los brazos están en alto; de pie, torso de frente en reposo; imitación del David de Miguel Angel). Fui con un amigo para que en forma privada hiciera la impresión de esos tres negativos a color. Los hizo en blanco y negro.

Encontré a Octavio por la noche y le di las fotografías. Las miró. La florería estaba sola. Abrió la puerta grande metal y la volvió a cerrar. Caminamos por el patio. Abrió la puerta que tiene un gran cristal. Dentro estaban distintos arreglos, algunos con muñecos, cerca de solemnes canastas de las que pendían crisantemos y claveles. Caminamos

al fondo, hasta la escalera, y subimos al segundo piso. Arriba estaba un salón con despejada vista a la calle. Abrimos una puerta de madera, pasamos una recámara, tras una puerta corrediza quedó una esquina de construcción adaptada para ducharse y hacer el aseo. Octavio cerró la última puerta, repentinamente se desfajó los pantalones dejando libre el pene en fuerte erección y me abrazó dándome un beso mojado. Nos besamos mucho en la boca y después los dos nos desvestimos. Con la tenue luz de una bombilla pequeña se delineaba su cuerpo con mayor perfección. Entonces me arrodillé frente a él y comencé a lamerle el pene, que me sabía a caramelo. Lo tenía todo en erección rígida y flotante y yo soplabla viento frío sobre la punta, y seguí chupando y lamiendo mientras él decía “así, así”. Con una mano mía le tomaba una nalga y con la otra mano la otra nalga; a veces con un dedo rozaba los pliegues de su ano. Yo le preguntaba: “Dime cuando vayas a sentir”, y cuando estaba a punto del orgasmo, yo dejaba de chupar y le besaba la ingle, le mordía suavemente la base de la verga, donde están los pelos; le acariciaba las nalgas, y luego volvía a lamerle el glande y a soplar aire fresco en él. Cuando me volvía a decir que ya estaba a punto del orgasmo, yo dejaba de chupar y le besaba el vientre y los muslos. Por fin quise que eyaculara: le dije que levantara los brazos, que pusiera las manos atrás, en la nuca, y que separa los pies. Entonces le di hondas chupadas, mamando con succión fuerte de lengua y labios y su semen fluyó rápidamente. En ese momento lanzó un gruñido con un resuello y retorció el cuerpo. Después se tendió sobre una colcha en el suelo, descansó unos minutos, y luego se sentó sobre mi verga hasta que le entró toda por el ano. Nos besamos mucho. Al despedirnos yo le dije: “¿Como dos que se aman?”, y él respondió: “Sí”.

Esta vida no basta. En el acoso de los peligros, en el miedo a los accidentes, en las enfermedades corporales o anímicas se nos va la existencia. No bastan estos años de vida. Me aterra morir. Me aterra que el cuerpo que con tanto esmero nutro y ejercito se pudra. Desde hace mi-

les de años el hombre se consuela creyendo en la reencarnación. ¿Es verdad que uno se deshace de esta materia vulnerable y habita en otro cuerpo? El otro consuelo también gratificante es la inmortalidad del alma y la resurrección. Siento que el tiempo pasa y me consumo en esta brevedad. Ahora ya no me sostiene enteramente el pensador que una vez me confortó con las páginas que aseguraban que la vida es larga si se dedica a la sabiduría. ¿Es necesario solamente leer, meditar, contemplar? Esta vida no basta y sin embargo se acaba, y no hay nada más después de la muerte.

Me viene a la mente la orgía del emperador interrumpida por un comensal que se yergue nombrando los signos del zodiaco y vaticinando la fatalidad.

Este vino tinto es el mismo que compartimos tú y yo aquella noche. Lo tomo porque me acuerdo de ti.

A la orilla de la alberca nos asoleábamos varios amigos en calzón de baño. Eusebio estaba enamorado de Agustín (todos los sabíamos). Agustín se había tendido bocabajo. Eusebio entonces le dijo a Luis: —Me consuela el verso de Dante que dice *Amor Ch'a null'amato amar perdona*. Eso quiere decir que quien es amado se ve en la obligación de corresponder al que lo ama. Mejor así: el amado siempre termina amando al amante. Entonces Agustín se levantó vociferando:

—Lo habrá dicho Dante. . . pero es que era un estú. . .

—Dílo, dílo, Dante era un estúpido — completó Eusebio.

El sol caía caliente.

Era yo adolescente cuando conocí el invierno nevado. Caminaba yo por el Medio Oeste americano con mi abrigo grueso. Las ramas agudas de los árboles desnudos cortaban el aire helado. Mi cuerpo vigoroso de entonces apenas pudo resistir aquellas temperaturas. Los lagos congelados, las carreteras resbaladizas, las casas apenas visibles después de la nevaska. Después de aquel tiempo, siempre que había frío, me dolía la cabeza y perdía el control. Años después, durante un invierno al pie de los Alpes, hice una prueba: salí de la acalorada cervecería a la intemperie fría. Caminé por una vereda y me alejé de las casas internándome entre algunos árboles que formaban una cierta espesura de bosque. Seguí caminando entre la tiniebla nocturna y el brillo de las estrellas que reflejaba la nieve. Entonces me quité el gorro. No me dolió la cabeza, no perdí el control aunque el frío era considerable. Me aproximé a ciertas casas alineadas y seguí caminando por una calle. Por fin llegué, subí las escaleras hacia mi cuarto, me senté en la silla frente al escritorio, sintiéndome fuerte y saludable, y me puse a escribir una carta:

“Creo que ya me curé de la nieve. . .”

Un amigo mío se fue a vivir a la frontera norte del país y me ofreció llevarse los negativos de las tres tomas del desnudo de Octavio para mandar hacer las impresiones. Me dijo que en el país vecino jamás le preguntan a uno quién, ni le impiden esas obras artísticas. Mi amigo me devolvió los negativos en una carta con esta posdata: “Creo que entendemos lo que sucede. Ojalá algún día la sociedad no se asuste tanto al ver un cuerpo desnudo”. Se negaron a entregar las fotografías.

El Nueve es un centro nocturno en que se reúnen muchas personas que profesan la homosexualidad. Un día pasé por allí descuidadamente y sin intención de quedarme. La mayor parte de los visitantes son jóvenes, pero vi a un distinguido jurista tomar la copa. Conversaba con un abogado acerca de teología y monarcas. Sorprendido le pregunté por-

qué estaba allí y me respondió que era un lugar muy grato y el abogado interlocutor intervino diciendo que los eunucos habían dirigido políticamente el Imperio Romano, claro, ya en la decadencia.

He insistido varias veces con la empleada para que hagan la impresión de esas fotos artísticas. La empleada declaró: "Hay clientes que traen rollos con personas que están haciendo actos sexuales y dicen que son fotos científicas". Qué desgracia: nunca las tendré a colores.

Es tiempo de lluvias. Compró con frecuencia nueces, las parto en la bisagra de la puerta o con los dientes, lentamente las pelo y me las como. Es mala temporada para las naranjas: salen agrias. Hace un año estuvimos aquí tú y yo, afuera llovía. Hoy de nuevo llueve. Esto me hace creer que los momentos más íntimos y gratos del palcer amoroso suceden mientras llueve. Los dos nos abrazamos en la cama y guardamos silencio.

Eusebio le puso a Agustín el sobrenombre de Príncipe de Tolstoy a causa de su hermosura. Agustín era un muchacho de distinguida educación. Había nacido en Colombia, país de su padre, y vivía en México. Había estudiado durante algunos años de adolescencia en los Estados Unidos. Era rubio y discreto de palabras.

Agustín tenía veinte años y Eusebio treinta. El padre de Agustín había muerto y su madre se había vuelto a casar. Agustín buscaba un hogar y una firmeza y le dijo a Eusebio que quería vivir con él. Los ingresos económicos de Eusebio eran muy bajos y le respondió: "Quieres un lugar para vivir. ¿Yo qué recibo a cambio?" Agustín le preguntó el tamaño de su verga y Eusebio sonriente hizo señas con las manos diciendo centímetros. Agustín se levantó de su asiento y dio la espalda para que Eusebio le viera las nalgas. Agustín tenía un bello rostro y un cuerpo armonioso; por entonces era protegido de un ricachón joven e inso-

lente que bebía licor con desmesura. Tiempo después Agustín acompañó a su madre, recién casada de nuevo, a vivir a Alaska.

Ahora Agustín sirve las mesas de un centro nocturno privado, usa un arete en la oreja izquierda, como pirata. Eusebio exclamó con un sollozo: "Servir las mesas. Eso es lo que hace ahora el Príncipe de Tolstoy".

El macho señorita se pasea frente a la cantina. Con el pecho saliente y el trasero levantado como un manojo de plumas de gallo, coquetea con el otro macho que también se pasea con las manos en la cintura. Ambos hablan del culo como las vírgenes de pueblo hablan del himen, pues nunca ha sido atravesado el orificio y de ello están orgullosos. Al fin, el macho señorita levanta la frente y con voz de cañón pregunta pestañeando: "¿Qué me ve?", y el otro, bajando los párpados pudorosos, responde: "La vista es muy natural". Uno saca el puñal y se abalanza sobre el otro; ambos, abrazados, se revuelcan sobre el polvo, entrepiernados, frotándose el uno con el otro los trajes de charro, con el puñal de por medio. La sangre viene sola, por añadidura.

Sobre el proscenio del teatro los dos valentones se echan brava, se injurian con palabras gruesas que chorrean como pulque con babas, se secan la boca con la manga de la camisa, se amenazan con la pistola que sostiene el cinturón medio caído. Se acerca un valentón al otro hasta sentirse el aliento cara a cara, se dan un abrazo de hermanos, se palmo-tean la espalda, uno de ellos levanta el sombrero de ala muy ancha y tras él quedan ocultos los dos rostros y un gran beso en la boca. El público aplaude.

En una cena de exalumnos de un colegio de lujo, el antiguo profesor de higiene expuso cómo el mejor modo de controlar la natalidad es la cultura, pues tendría que hacer diariamente muchos miles de vasectomías y de obturaciones de trompas de falopio. La responsabilidad de

ser padre era la mejor manera de cuantificar la prole. Trajeron las primeras copas de aperitivo: brandy, coñac, ron. . . Cada exalumno expuso su actual situación. Todos, hijos de la alta burguesía que sostiene el país, fueron educados para poseer y mandar; todos están en la banca, la industria, las finanzas, la suprema corte, el partido dominante, y uno que otro en el comercio privado, y yo, en el arte. Opiné que practico el amor divino. Recordé nuestras lecciones de teología: el Padre, único y eterno, concibe en sí mismo al Hijo y del amor entre los dos brota el Espíritu Santo. La razón vale según qué tan persona se es, por eso el Creador es tres personas en una. Yo practico este amor divino que no tiene hijos de la carne sino que del gozo nace el resultado intangible. Y así me evito los problemas del control de la natalidad. “¿Y a ti qué te gusta?”, me preguntó un exalumno decidido. “Me gustan los chavos cueros de buenas nalgas”, respondí. “¿Y a ellos les gusta?” “Les encanta. Si a esa edad están echando espuma por el culo”. Se desató un aplauso. El médico, antiguo maestro de higiene, se levantó de su asiento diciendo: “Retiro lo dicho”. Al final de la cena, ya saliendo, alguien comentó refiriéndose a mi buen estado físico: “Una mujer lo acaba a uno. . .”

Hablo con Octavio por teléfono y me dice que tiene un pequeño resfrío. Quizá se ha descuidado en esta época de lluvias. Se reportó enfermo al centro deportivo donde es entrenador.

—Quizá he salido caliente del gimnasio. . . —me dijo con esa voz ni aguda ni gruesa que me gusta tanto.

Su voz no es así cuando habla en persona. Tuvo la idea de que nos veamos el próximo sábado a la entrada del teatro. Es la primera vez que él propone algo así. Quizá ya encontré a alguien en el mundo. Yo le dije una vez: “Puede durar nuestra relación para siempre, aunque te cases”. El sábado nos veremos y estos días previos ya son de felicidad.

En la antigüedad torturaban el cuerpo. Me irrita saber que a un hombre lo amarraban con un pie a un caballo, el otro a otro caballo y las manos a sendos caballos también, y así tiraban los cuatro en distintas direcciones hasta despedazarlo vivo. No concibo bien cómo algún monje medieval se fue acabando a sí mismo en prensas de sacrificio, en cajones atornillados que molían carne y huesos bajo el hábito. En nuestros días la vía es mental: dan de beber al hombre un líquido que vence la voluntad, ataca las neuronas; lo hacen hablar hasta extenuarlo y lo someten con faros potentes sobre la retina. La tortura, cuando no mata, es también una vía del conocimiento.

Octavio me preguntó: “¿No te has sentido mujer?” Yo le respondí que no, pero realmente sí me sentí mujer una vez: un hombre de mi misma edad era muy dado a lamerme el ano durante mucho rato. En una ocasión, después de poner sus labios en mi ano y de pasar la lengua lentamente, me dijo: “Lo tienes tan dilatado que te voy a meter la verga sin crema”. Luego me penetró, sin crema como lo había dicho, y gocé tanto el modo como frotaba y se balanceaba que tuve orgasmo sin tocar la punta de la verga. Mucho tiempo después lo esperaba horas y horas. Fue cuando comprendí a las mujeres que aguardan pacientemente a su hombre. El me había hecho sentirme mujer.

Eusebio había dejado de ver a Agustín durante algunos días. Caminaba Eusebio por el paseo de la Reforma, Agustín corrió desbocadamente hacia él, con alegría impetuosa, pero dos metros antes de llegar se detuvo de pronto, se agachó para cortar una florecita del prado, blanca, como una pequeña margarita. Agustín la ofreció con el dedo índice y el pulgar, sosteniéndola por el tallo delgado. Eusebio la tomó y la puso en el ojal de la solapa del saco, luego se agachó, cortó del prado otra florecita blanca y se la dio a Agustín, quien la puso también en el ojal. Días después Eusebio conversaba con un viejo amigo, Rodríguez Cota, en un café.

—Conocí a un chavo guapísimo —dijo Rodríguez Cota—. Me acerqué a él primero, la fiesta era *gay*, pero de todos modos con precaución. Le ofrecí un jaibol, lo aceptó, le ofrecí un cigarro, lo aceptó, le ofrecí lumbré. Era el más guapo de la fiesta y con todo y traje se alcanzaba a ver que tenía un cuerpazo. Entonces él tomó del ojal de la solapa de su saco una florecita blanca, como una pequeña margarita de esas que hay en los prados del paseo de la Reforma, y me la dio. Pasamos la noche juntos.

Eusebio abrió los ojos con desolación.

Un conocido mío me hizo un retrato escrito que sentí como mi caricatura. Si en la jefatura de policía se acepta el retrato hablado para seguir la pista, puede muy bien aceptarse en la historia patria la escultura oral, el retrato espiritual o la estatua moral. Pero de todo lo que hizo este conocido mío, lo único que me dio a pensar fue esta bonita frase: “En el corazón y en el glándulo es donde la piel es más lisa”. Y yo le respondí con un refrán que yo mismo inventé: “Siempre que hablo de circuncisión se te hace agua la boca”.

Conversé varias veces con un médico acerca del placer sexual. Según él solamente el hombre lo tiene. Para los demás animales, concretamente mamíferos, la excitación y eyaculación es una función más como el mingir o el defecar. El erotismo es la sexualidad con cultura. Le conté al mismo médico que vi a un mono del zoológico masturbarse en su jaula, a lo que él me respondió que ese mono ya estaba descubriendo otros niveles más altos. Yo quise corregir la definición: erotismo es la sexualidad con espíritu. Según el médico se trata de lo mismo, pues el descubrimiento del placer sexual es un grado de cultura. De donde se deduce que masturbarse es cultura.

Octavio es un joven generoso. A un amigo suyo que no tenía donde dormir, le ofreció un lugar en la florería donde trabaja. Al día siguiente Octavio encontró una ventana forzada y rota; además faltaba dinero en la caja. Con el dinero no hubo ningún problema: Octavio fue a su casa a exigírselo y lo recobró en el acto, pero lo peor es que perdió el trabajo en la florería.

La cena de fin de año del Instituto de Salud tuvo raciones moderadas y el acompañamiento de una banda musical muy alegre. Lo único sobresaliente de la noche fue el modo como me dirigí a los comensales:

—Todos los Hermes y los Apolos pasen a tomar sus asientos. Todas las esculturas vivas sirvan pasar a sus lugares.

Levantadores de pesas y practicantes de calistenia, barra y poleas, escucharon conmovidos el llamado y pidieron que se repitiera: “Todos los Apolos. . . las esculturas vivas. . .”

Octavio me preguntó si yo no tenía el número de su teléfono. Habían pasado muchos meses desde que decidí que nuestra relación había terminado. . .

—¿Por qué me fuiste a buscar a la casa? ¿No tenías el número telefónico?

—No —respondí—. No lo tenía.

No quise decirle que había roto y tirado a la basura el papel en que lo había apuntado. Octavio bajó la cabeza y me dijo:

—El día que fuiste a buscarme a la casa mi papá me miró por la tarde. Mi papá me miró así muy fijamente.

Yo le dije:

—Es mejor que me conozca tu familia y que sepan que soy tu amigo.

16 agosto 1980

En Moscú cuentan que el primer ministro soviético mandó traer a su madre, una robusta mujer del pueblo con canasta en el brazo y pañolito en la cabeza. El primer ministro le mostró su colección de alfombras orientales, los ternos de porcelana pintada a mano, las acuarelas y los óleos, las vitrinas con piezas de cristal cortado, el salón de las joyas. Su madre le preguntó: “¿No tienes miedo de que vengan los comunistas?”

Ya era de noche y tomábamos café Octavio y yo. Sacó de entre sus libros uno titulado *La educación de la voluntad*, lo hojeó y leyó en voz alta: “No dejarse arrastrar por la sensualidad. . . Los jóvenes que se entregan a los placeres de la carne. . .” Me mostró la página con el gesto serio de quien reprende y regaña. Siguió ojeando el libro y volvió a leer en voz alta: “La gula. . . comer y beber en exceso. . .” Guardó silencio y acomodó el libro entre los demás y los puso sobre la rodilla con actitud militar. Sorbió un poco de su taza de café y yo de la mía. Pregunté:

—¿Es de un autor cristiano?

—No sé si sea cristiano —respondió secamente.

—Es entonces un autor estoico.

—¿Qué es estoico? —preguntó con reglamentaria cortesía.

Hablé de la escuela filosófica griega, de los espartanos, de Plutarco que montado a caballo se acerca al comandante persa. Octavio escuchó con fascinación todo lo que atañía al rigor y la fuerza, la entereza romana y la disciplina.

El teatro tenía un procenio redondo y las butacas colocadas en ascenso cilíndrico. Se representaba un drama hogareño como la travesía del día hacia la noche. Aquel joven increpaba a la madre morfinómana. Aquel muchacho temblaba bajo las luces dando puñetazos en la mesa y luego hacía reproches a su padre borracho, quien había vuelto borracho al hermano mayor. Aquel muchacho sudaba temblando al cruzar la puerta de salida. Al fin entraba tosiendo de tuberculosis. Su tos repercutía en mi corazón y su rostro me cautivaba. Al salir del teatro miré la estrellas y los coches de la avenida y quise un imposible: "Si ese joven actor fuera mi amante".

Procedente en viaje directo desde el Vaticano, el papa descendió del avión, se arrodilló y besó el suelo de México. Meses después, el presidente de los Estados Unidos descendió del avión procedente de Washington y besó el subsuelo.

A veces se me ocurren escenas de Aristófanes: un hombre guapo le dice a un adolescente: "Qué culito tan sabroso tienes". Cerca del adolescente está su madre vestida de negro, con velo en la cabeza y un rosario entre las manos, quien conmovida exclama, casi llorosa: "¡Egregio!" Ahora bien: el hombre atractivo se acerca al adolescente y le dice con voz suave pero categórica, voz afectuosa: "¡Qué culito tan sabroso tienes!" La madre viuda exclama: "¡Egregio!"



2895883

El gracioso del teatro castellano podría ser el mimo, podría ser el payaso, podría ser un arlequín. El cómico se envuelve solemne en una capa de escroto, lleva puesto un gorro de prepucio y levanta en la mano un paraguas de tetilla.

En un rincón íntimo de la alcoba, una voz grave: "Te lo suplico de la manera más atenta: ya méteme la verga". El público está consternado. La misma voz grave dice: "Por lo que tú más quieras: ya méteme la verga". El telón se corre lentamente y el público aplaude.

Octavio reprime mucho sus impulsos. Ahora está leyendo el libro *Los músculos y el esqueleto en la gimnasia*. Octavio es muy frío en su trato, cuando mucho, es juguetón, pero nunca me ha tocado el hombro con temura ni me ha tomado una mano. Mejor sería que leyera *Cómo obtener mayor placer en el orgasmo*.

Un mesero del restaurante de postín que está cerca de mi casa me pareció muy atractivo. Un día casualmente vi sobre una mesa algunos ejemplares de novelas fotográficas: él aparecía en ellas. Me dijo tener veintitrés años, es moreno oscuro, alto, con gran prestancia en los movimientos. Al hablar con él me doy cuenta de que es un hombre del pueblo y me aclara:

—Esas fotonovelas son viejas. Prefiero trabajar nada más aquí, sirviendo las mesas. Me va mejor económicamente.

Cuentan que la ciudad bíblica fue destruida por el toque de las trompetas. El ruido de los automóviles en los puentes y en caminos periféricos hace vibrar las casas que pronto se cuarteán y rajan. Las vibraciones que rompen el tímpano del oído pueden hacer que la civilización se desmorone. Yo lanzo un grito y se parte el espejo del botiquín.

El distanciamiento entre Octavio y yo por algunos meses tuvo una causa que nunca me he atrevido a decir. Aquel mediodía nos acariciábamos en la cama, retardando el éxtasis, sin contestar el teléfono que sonaba. Aquel mediodía estuve yo tendido bocarriba y él se sentó sobre mi pene erecto que le entró completo por el ano. Así nos quedamos inmóviles mucho tiempo, solamente a ratos yo le pedía: “Levántate un poquito para pelarme la punta y sentirte todo por dentro”. Entonces yo metía los dedos entre sus nalgas y mi pubis para tirar hacia abajo el prepucio y que el glándulo tuviera contacto completo con las membranas de su recto. Así de pronto yo lo abrazaba chupándole una tetilla, con mi mano pellizcándole la otra, y luego cambiaba mi boca a la otra tetilla pellizcándole ésta, mientras movía mi cadera para que mi verga lo frota-
ra por dentro; yo escuchaba entonces sus sonrisas de satisfacción y placer; después volvía yo a tenderme con la espalda sobre la sábana. A pesar de estar inmóvil, al fin sentí inevitable la eyaculación y le pedí que me besara la boca en el momento del orgasmo. Octavio se acercó a mí y metió su lengua entre mis dientes y jugueteó con mi lengua; yo recogí un poco las piernas y las abrí de modo que estuvieran las ingles extensas. Rara vez en mi vida he gozado en forma semejante.

Octavio se puso los pantalones y la camisa, yo me puse la camiseta; Octavio se dirigió a la puerta diciendo:

—En una ocasión un señor me dijo que me daría mil pesos si yo pasaba toda la noche con él.

—¿Y pasaste la noche con él?

—Yo necesitaba el dinero— dijo tomando la perilla de la puerta poco antes de irse.

Esta no fue una buena despedida.

Las pirámides de Egipto fueron construidas con la fuerza de la música. Desde territorios lejanos eran traídas las piedras en troncos que fungían como rodillos sobre los que se desplazaba la piedra al tiempo que el rodillo giraba sobre el suelo polvoso. Detrás de la piedra caminaba un grupo de músicos que tocaban tamborines, pífanos, atabales y flautas. Al momento en que los obreros empujaban la piedra, los músicos detrás desataban con intensidad las percusiones y los silbos que hacían vibrar la pesada piedra, que avanzaba un trecho.

Octavio me preguntó: “¿A cuántos deportistas has traído aquí?” En ese momento extendió los brazos hacia atrás, poniendo las manos bajo la cabeza. Miré su cuerpo desnudo echado bocarriba en la cama y quise decirle que había llevado a esa misma cama a Zatopek, pero me pareció muy veloz; a Mohamed Ali, pero me pareció muy pesado (¡peso completo!). ¿A cuántos deportistas había yo llevado a mi cama? Los celos de Octavio me halagaban.

Las pirámides de Egipto no fueron construidas por esclavos. Los campesinos del pueblo dedicaban parte del año a acarrear los materiales y a disponer el terreno. Con la alegría de edificar algo grandioso, el pueblo mismo se ofrecía a trabajar durante semanas y meses. Las pirámides fueron hechas por libertad y por amor.

Octavio me dijo aquel día, antes de salir, que un hombre le había dado mil pesos por pasar la noche con él. Octavio puntualizó: “Yo necesitaba el dinero”. Una noche le hablé por teléfono, después de que me había dejado plantado a la entrada del teatro con los boletos comprados. Le dije por teléfono:

—¿Te dio mil pesos ese hombre por pasar la noche contigo?

Un silencio fue la respuesta.

- ¿Te tuvo metida la verga toda la noche?

Sí - respondió tembloroso.

Entonces yo te voy a dar ciento cincuenta pesos porque estuviste conmigo solamente dos horas.

Escuché una sonrisa.

¿Querías que yo te diera mil pesos? pregunté, pero no respondió. Bueno, pues eso se llama prostitución. Todo ha terminado entre tú y yo.

No, no, yo estoy dispuesto a todo lo que tú quieras, cuando quieras, como quiera - dijo muy agitado.

Eso se llama prostitución. Todo ha terminado - y corté la comunicación.

Así fue aquella ruptura que duró meses y cuya causa a nadie he querido contar.

En una revista se ven fotografías de hombres y mujeres que se inyectan heroína. Una mujer duerme al lado de un hombre que abre la boca. En Harlem se multiplican los lugares en que la gente se inyecta y duerme. Sólo se acepta heroína de alta calidad. "Dentro de dos meses estaré muerto", dice un joven al momento de picarse la vena con la aguja. Yo miro con terror y con envidia este sueño de la vida que alcanza de inmediato la muerte. Porque siempre me he preguntado si vale la pena el esfuerzo y el trabajo, o es mejor una droga que lo desbarata a uno en el sueño total.

Invito a un crítico de cine a comer en el restaurante de postín. Después de la charla culta le puntualizo al crítico que el mesero es de extraordinaria belleza. El crítico mira al joven y me dice:

—Yo no la noto, no me doy cuenta.

—La belleza es un valor cultural —explico—. La belleza se aprende. Hoy no vino el cajero, que no es oscuro como el mesero, sino blanco pálido y de total perfección de rasgos.

El crítico de cine es algo insensible a estas bellezas masculinas. Y yo me quedo pensando que el dueño del restaurante tiene un gusto excelente para escoger a los empleados de su negocio.

Yo me bañaba y otros compañeros del deporte se bañaban. Uno se rasuraba, otro se secaba con la toalla. Entré al cuarto de sauna, que estaba muy caliente. Poco tiempo después entró un muchacho; me llamó la atención la esbeltez de su cintura y la redondez de sus nalgas. Salió del sauna a los pocos minutos y yo le seguí al cuarto de vapor. Hizo algunos movimientos gimnásticos entre el vapor y yo me froté el pene hasta tenerlo en cierta erección. Dos hombres que estaban sudando salieron de pronto. Nos quedamos él y yo solos.

—Tiene un cuerpo muy atractivo— le dije al momento que él se levantaba para mirarse en el espejo.

—¿Sí? Gracias— respondió de un modo que percibí como coquetería.

—¿Qué ejercicios haces? Vi que levantabas una pierna rígida con facilidad.

—Estudio arte dramático —respondió— y hay ciertas disciplinas del cuerpo que nunca dejo de practicar.

—Qué hermoso eres —dije con audacia—. Además siempre he tenido ojo artístico: estudias teatro. Será que soy artista: soy escritor.

—Ah —exclamaste— yo estoy tratando de escribir una obra de teatro.

Yo sentí que todo era sólo coquetería. Te miraste en el espejo. El vapor seguía saliendo y yo me acerqué al espejo para mirarte y mirarme.

Después te fuiste a la ducha a echarte agua helada. Yo me acerqué:

—¿Cómo te llamas?

—Carlos.

Ese no es un nombre poético. Carlos no es un nombre para ponerse con frecuencia en la literatura. Carlos, Carolo, Carolino, Carlo porque la ese viene del latín medieval. Los carolingios.

Dije con audacia:

—¿Por qué siempre me enamoro de modelos, de actores, de gente del arte?

A la palabra *enamoro* reaccionaste con tranquilidad, lo que me hizo pensar que tú sabías del amor más de lo que yo sospechaba.

—Siempre me enamoro de actores.

Sonreíste con delicia. Tu cuerpo desnudo, el agua del baño, la calidez del vapor, la espuma para rasurarse. Los cuerpos desnudos de los atletas no son sensuales pero sí hermosos.

—Eres escritor —me señalaste para añadir:— Yo estoy escribiendo una obra de teatro; me gustaría que la conocieras.

Entramos a tu coche estacionado en la calle. Me dices tomando el volante:

—Vivo con un amigo en Morelia. Tengo veintidós años y nos conocemos desde hace cinco. Voy a recoger la obra de teatro que estoy escribiendo a la casa de mis padres, que viven en la colonia Narvarte.

Vamos por las avenidas despejadas en un mediodía con sol. Al momento en que me has confesado que vives con un amigo, mi entusiasmo por ti disminuye, pero eres tan encantador que quiero seguirte tratando. Al dar una vuelta me dices apretando el volante:

—Antes de conocerlo a él yo había tenido novias, pero no sé si las quería. Eran muchachas con quienes iba a fiestas.

Estacionas el coche y bajas. Vuelves unos minutos después con hojas manuscritas.

—El me basta —dices echando a andar el motor—. Desde que estamos en relación y convivimos no he tenido necesidad de nadie más. Casi nunca he tenido una aventura con otro hombre.

Ya hemos recorrido todas las calles. Ya estamos frente al edificio donde vivo. Subimos a mi departamento. Entramos. Yo sé que voy a escribir a máquina el texto que él me dicte, como lo convinimos.

—Bueno, allí está tu texto. Vamos a pasarlo a máquina.

No he descrito tu cuerpo: estás sentado en el sillón grande, tus muslos fuertes sobresalen, tu rostro es redondo, tus grandes ojos tienen pestañas tan largas que tocan las cejas y parpadeas mucho. Eres tan atractivo que te acepto como un amigo de trato profesional.

—Comencemos. Allí está la máquina de escribir. Aquí está tu texto digo con absoluta sinceridad, renunciando a mis deseos carnales.

Me miras, parpadeas, te acercas a mí.

—Pero tú quieres coger— dices y me das un beso.

Ir a la cama y desnudarse. Alguien que sabe tocar, que sabe acariciar y besar. Quien conoce todas las posturas del placer. El que lo hace de frente y de espaldas, de lado, bocarriba y bocabajo. Estuvimos en la refriega mucho tiempo, tanto tiempo interrumpido por idas a mear, dos y tres veces a mear, una vez tú y otra yo, que te espero para volverme a unir. Después, el descanso ganado y la carne satisfecha.

Te levantas y te bañas con agua fría. Me acerco a ti desnudo mientras te secas y te inquiere:

—Vas a volver con tu amigo.

Exclamas con un grito eufórico:

— ¡Mi amigo, mi camarada, mi colega, mi aliado, mi compañero que me espera en Morelia!

Ya me lo has dicho todo. Yo sólo soy una aventura para ti. Después te invito a comer en un restaurante. Después te vas. ¿Por qué el estar seis horas con una persona es a veces más importante que convivir con ella durante muchos años? ¿Por qué seis horas dejan una huella tan honda? Saber que sólo fue una aventura y que no te puedo olvidar.

Carlos no me parece nombre poético. Debo recordar unas palabras importantes: “¿A cuántos te has traído del gimnasio hasta tu cama?”, preguntaste. “Si te soy sincero, a nadie”, dije confesando la verdad. “Entonces por qué me hablaste tan claro, tan directo, tan fuerte, con tantas palabras para seducirme!” “No lo pude evitar”, respondí. Carlos parpadeó y contuvo una sonrisa de muchacho, halagado de saber que nadie era más fascinante que él en el mundo.

El gran intelectual tomó una página del escritor novato, la leyó y decidió no comprender; después puso la hoja de papel frente a la ventana, sostenida en sus manos: era un texto muy oscuro y lo ponía contra la luz.

Octavio ha padecido una larga enfermedad, tan larga como dos meses y medio de distancia de uno del otro. Un día casualmente lo encuentro por la calle y decide quedarse conmigo, despedirse de los muchachos que lo acompañaban. Eran las siete de la noche. Caminamos los dos celebrando que ya esté curado y habla de la reconstrucción muscular.

Las pinturas de Archimboldo están hechas a base de frutas y verduras: dos uvas son los ojos, la mandíbula una calabaza, dos fresas los labios recogidos, peras las orejas, el cabello son espigas resplandecientes y el efecto es un retrato fiel. En tiempos del amor provenzal se cantaron los labios rojos como el rubí, los ojos azules como el zafiro, los dientes como perlas. Imaginemos una efigie hecha a base de inscrustaciones y monturas como obra de joyería. Recientemente se habla entre los hombres que hacen cultura física del torso de caoba, de la tetilla de coral, de la pantorrilla con forma de diamante.

Octavio ríe al escuchar mis comparaciones. Y entramos al departamento y nos besamos y abrazamos, nos desnudamos lentamente. Pongo una vela en el buró para admirar su cuerpo desnudo a la luz de la llama: esa carne hermosa que amo y deseo. Me siento al borde de la cama y paso mis brazos alrededor de sus piernas y le digo besándole las nalgas: “¿De quién son estas nalgas tan lindas?” Y él me responde modoso: “Tuyas, papito, tuyas”. Octavio está de pie frente a la luz de la vela que ilumina su torso y yo vuelvo los ojos y miro su cabello largo que en la luz de la llama se hace rubio, y le beso el ombligo, le beso el pene y quiero llorar de alegría por tenerlo de nuevo conmigo. Se acuesta bocabajo en la cama y estamos así mucho tiempo, volviendo a recordar todas las posturas del gozo. Al fin, antes de irse vestido y peinado, me confiesa: “Cuando me besabas y me mordías las nalgas, me daban ganas de echarme un pedo.” “Pues te lo hubieras echado para que yo lo inhalara”.

Visité al intelectual que tan largas conversaciones me ha brindado. Toqué el timbre de su departamento en el último piso del edificio y después de unos minutos salió en persona a la puerta. Aquel hombre garboso y con donaire estaba muy cambiado: apareció en la situación actual: un camisón blanco que le llegaba a los pies, el pelo crecido y totalmente canoso le caía a los lados de la cabeza y llegaba a los hombros, los ojos saltones casi tocaban las gafas.

—Pensé que era la enfermera— dijo fúnebre al verme.

Si hay gente que da lástima, hay otra que da risa. Al verlo comencé a reír a carcajadas, tantas carcajadas que tuve que apoyarme en la pared.

—Estoy muy enfermo— dijo tétrico.

Apenas pude contener la risa, dije triunfal:

—Pero usted, como el Fénix, renace de sus cenizas.

—Exactamente, de mis cenizas, pero será en el otro mundo.

—¿Cuál otro mundo? —añadí yo—, si no hay nada.

—He recordado las palabras famosas que usted me dijo: “No temo a la muerte sino al dolor”. Renaceré en el otro mundo.

—¿Cuál otro mundo? —exclamé—. Como los perros, como los caballos, que se mueren y no hay nada después.

—¿Nada?

—¡Nada!— grité triunfal.

—¿Qué día es hoy?

—Sábado.

—Mañana es domingo de Ramos. Lo recordará.

Un día él me había dicho que al pasar por una calle olió una deliciosa carne asada; después se percató de que era el quemadero de un cementerio. Tan inclinado era a las delicias, que en recuerdo de ese olor pidió que tal fuera el destino de su cadáver. Sus cenizas fueron espolvoreadas por la calle y frente al monumento donde hacía sus paseos. Minutos después de que yo lo había abandonado aquella noche de mi visita y mis carcajadas, se suicidió con los mismos somníferos de su salud. El enfisema pulmonar que siempre lo hostigó nunca fue fatal, sino el repentino mal en la próstata, a la que tuvieron que dar irradiaciones. La noche de mi visita y de su muerte, las irradiaciones excesivas le hicieron

perder control de esfínteres. La gran molestia del mear y defecar involuntario lo llevó a la decisión final. Pero creo que más bien fue una frase mía:

—Usted ya nunca volverá a tener placer sexual.

Yo sabía que era cáncer que se multiplicaba después de la extracción de la próstata que el tratamiento ya no era curativo sino sólo calmante del dolor. Qué le quedaba sino un año o dos de agonía. Por su amor a la vida prefirió morir antes que verse hecho un despedazado guiñapo.

Me acerqué a un joven que creí haber visto en algún lugar y le pregunté si hacía teatro o cine y me respondió que sí. Entonces lancé un ¡ay! de sorpresa y alegría al reconocer a aquel actor que me había estrellado el corazón. Semanas después vi en la cartelera de espectáculos una comedia en que él tenía el papel principal y fui al teatro y gocé con el enredo de unos padres terribles y un hijo encantador. Pasé después al camerino a felicitar al actor de quien ya me consideraba amigo y le di alabanzas y él se alegró de verme. Tenía en el camerino canastas de flores como regalo del público admirador, una de orquídeas y una de rosas, y además una canasta de frutas. Lo celebré, lo alabé y señalé un mango y una manzana en la canasta. “¿Quieres el mango? —dijo—, tómallo”. Lo tomé y señalé la manzana. Ese fue el instante decisivo para mis sentimientos, pues dijiste entonces: “¿Quieres entonces la manzana? — y luego me miraste para añadir: —Entonces llévatela— y recapacitaste un momento: — Llévate el mango. . . y la manzana”. Salí del teatro con gran emoción y comencé a darle mordidas a la manzana. Entré en un bar y tomé algunos tragos. Al día siguiente le hablé al actor por teléfono y le dije:

—Quiero tratarte, quiero conocerte, me atraes, me gustas mucho.

El respondió con ímpetu en un grito:

— ¡Sí!

Raymundo Nira se paseaba por la avenida principal vestido de jaquet y con un bastón pequeño en la mano. Lo seguían muchachos mugrosos y desarrapados, limpiabotas, desamparados del mundo. Raymundo Nira caminaba glorioso frente al monumento benemérito de su antepasado en mármol.

Los toros, considerados en otras latitudes del mundo como afición patológica, es entre nosotros una diversión artística asimilada. Raymundo Nira iba las tardes de domingo a las corridas, acompañado de un amigo.

— ¡Esos son burros! ¡Son perros!— gritaba Raymundo al ver salir el toro de los burladeros.

El amigo se quejaba de que los escándalos de Raymundo le proporcionaban tal disgusto que toda la semana padecía diarrea, maldecía a Raymundo, pero el domingo siguiente lo volvía a acompañar a la corrida.

15 de junio

Mi amor, te necesito, te he extrañado mucho. Sé que fui muy intransigente ese día aunque tenía muchas ganas de verte y de estar contigo. Discúlpame, mi amor. Ese día pensé verte, como me dijiste, pero al pasar por ahí tú no estabas. Esperé que me llamaras por teléfono toda la semana, y hoy no viniste. Ya no puedo más, necesito verte, Sergio, te quiero mucho. Me he sentido tan mal, Sergio, créeme porque es verdad. Pensé que no ibas a tomar en serio lo que te dije. Esa noche no

podía dormir pensando en lo que había hecho. Te espero, como el otro día, a la misma hora donde siempre. ¿Verdad que sí vas a venir? Te quiero,

Jerónimo.

La distinguida economista presentó su tesis doctoral acerca de los territorios explotados, ya sea en minerales (hierro, arena, sal) o en vegetales (maderamen, celulosa) y se preguntaba por las áreas ya agotadas ¿qué hacer con ellas? ¿Para qué se acabó con la fauna y la flora creando tamaño desequilibrio ecológico? Ninguna finalidad tiene arrasar con la naturaleza y hacerla industria que será basura.

La óptica de Raymundo Nira ya no es negocio y para evitar la quiebra decidió irse de monje cartujo. Raymundo se trasladó a Madrid donde pasó una semana de farras y fiestas, orgías y borracheras (los caminos de Dios son muy diversos). Se dirigió al monasterio donde vio a unos hombres que trabajaban la tierra. "Son labradores bajo contrato", le aclararon. "¿Y aquellos que sacan agua del pozo y podan las plantas?" "Son braceros del norte de Africa", le informaron. Los monjes estaban ataviados con lujo gótico de mangas que llegan hasta el piso, una amatista en el anular izquierdo, el cuerpo en reclinatorios taraceados; así los monjes se entregan a la meditación y la contemplación. Raymundo decidió volver a México.

Invité al joven actor a desayunar a mi departamento. Prometió estar puntual a las diez de la mañana. A las once llamé a su casa y me informaron que se estaba bañando. A las doce decidí poner la sartén en la estufa y un minuto después sonó el timbre. Bajo las escaleras, me topo con él y exclamo "¿Amor!", él saluda grave y serio, sube a mi departamento. Pongo el preludio número veinticuatro de Chopin en el toca-

discos al momento que extendiendo las costillas de ternera en la sartén caliente. El comienza a gemir: “¿Por qué se enamora uno?” Yo sé que acaba de terminar una relación íntima que duró dos años. Parece un contrapunto de tres instrumentos el chirrido de la carne que se asa, los quejidos del actor y el teclado del piano romántico.

Raymundo quiso entrar en un convento mexicano. Hablaba con el superior cuando una monja entró flotando al salón; la monja en hábito blanco después de tocar las paredes con su cuerpo, salió levitando por otra puerta. Raymundo se despidió exaltado. Un amigo lo esperaba en la calle. Raymundo sacó de entre su saco y su chaleco un tríptico de san Judas Tadeo. Ciertos robos llenan su vacío.

Digo con voz declamatoria: “Mi gonococo gotea sobre el calzoncillo immaculado”. El joven filósofo me pregunta si se trata de un verso de un cronista de la ciudad. Yo le digo que no, que es mío y que lo acabo de inventar, pero es digno del cronista.

El mediodía en que el actor joven estuvo conmigo a almorzar, hablamos poco, él reclinó su cuerpo en el sillón y yo le tomé las manos con afecto, se las besé, le besé una mejilla y le dije que podríamos amarnos. Y me consideré en ese momento bienaventurado de tener junto a mí a aquel joven que desde el proscenio circular del teatro me emocionaba y quise que fuera mi amante. Ahora lo tenía a mi lado y metía mis dedos entre su cabello. Me sentí bienaventurado.

En el cuarto sanitario de un restaurante encontré a Raymundo Nira haciendo la genuflexión junto a un mingitorio del que se servía un galán joven. Raymundo apoyaba en el piso la rodilla izquierda en señal de reverencia y alzaba el rostro con la boca etreabierta. Nunca pudo evitar sus costumbres litúrgicas.

Al día siguiente de que Octavio me dejó plantado, le hablé por teléfono para reclamarle.

—Yo quería, después de la función, invitarte a cenar— dije dulcemente.

—¿Y después de la cena?— preguntó.

—Después de la cena te irías a tu casa.

—¿Cómo?— exclamó azorado.

—Sí. Después del teatro y de la cena te irías a tu casa. . . porque me dijiste que ya no quieres nada conmigo. . .

Octavio comenzó a llorar y lloró mucho por el teléfono.

A Raymundo Nira le gusta visitar el manicomio en forma caritativa: les lleva ropa a los locos, uniformes de Napoleón y togas de Sócrates que consigue en los teatros.

25 de junio

Sergio, te adoro. Amame siquiera un instante. Estoy enfermo: tengo cáncer intestinal. No es contagioso. Moriré pronto,

tu Jerónimo.

El erotismo y la mística van unidos. Raymundo Nira recuerda cuando aquel hombre piadoso entraba de noche a la iglesia con adolescentes. Los vestía de monaguillo y después sacaba del sagrario el copón de oro del que tomaba una hostia, y colocándola en la punta de su verga en erección, daba de comulgar a un jovencito. Después sacaba otra hostia, la colocaba en la punta de la verga y daba de comulgar al otro. Raymundo era monaguillo y aquel hombre fue un santo que lo inició en la vida.

A pesar de que Octavio es muy frío, me excita su cuerpo, su carne hermosa. Le hablé por teléfono con reproche y con amor para decirle:

—Así, impotente, de todos modos te amo.

Me respondió que quiere ver a un sicoanalista. A los veintidós años, creo que es lo mejor que puede hacer: visitar a un sicoanalista para que le quite la impotencia.

Ignacio tenía una tienda de ropa masculina y una galería de arte. Conoció a un italiano hermoso que pasaba de viaje y se enamoró de él. Le entregó sus tarjetas de crédito y autorizó su firma en las chequeras. Ignacio se retiró como ermitaño a meditar en una aldea. Después de meses de apartamiento, volvió a la ciudad. El joven italiano había agotado las cuentas bancarias y sobregirado los gastos de las tarjetas de crédito. La galería de pintura estaba para hipotecar y la tienda de ropa en la quiebra. Ignacio entonces comenzó a beber, a beber botellas de ron, de whiskey, de ginebra, de coñac, beber hasta que se hiciera el *black out*. Despertaba para tomar un vaso de vodka y continuaba toda la mañana con vinos y jerez para seguir en la tarde con brandy y anochecer con tequila. Frente al espejo de la sala se ponía los atuendos de estrellas famosas: la mirada de Greta Garbo, la arrogancia estatuaría de María Félix, los velos azul y plata de Marlene Dietrich. Transformado en mujer bebía de la botella y se paseaba frente al espejo. El italianito se fue

dejando un alma en redención. Ignacio entró en el centro reformativo de los alcohólicos anónimos. Ahora no bebe ni fuma, ni tiene vida sexual (ni galería de arte ni tienda de ropa).

Raymundo se sentaba a la mesa y le decía a su madre: "Sírvale al puto". Su madre, que era una dama muy distinguida, le servía la comida. Raymundo llevaba como un estigma su homosexualidad, en vez de que fuera una dicha. En alguna ocasión comentó que hubiera querido tener su familia y sus hijos; algunos casados que lo escucharon se llenaron de terror. Una broma que le cayó de mal gusto fue cuando un amigo le dijo: "Yo sé que te cambiaste de apellido, pues antes eras Niro y ahora estás registrado como Nira".

El destino de Raymundo era la autodestrucción. Tomó medio kilo de narcóticos, dejó comida para tres días a su perra Agripina, se puso a sacudir el polvo de las cortinas y los muebles, y cuando sintió el efecto entorpecedor, tomó el coche, fue a la Cruz Roja con el frasco vacío y dijo: "Me tomé esto. No quiero autopsia". Había escrito una carta en que se encomendaba a santa Teresita del Niño Jesús; había buscado a Dios en los baños y en las cantinas (un impío aseguró que eran malos lugares para encontrarlo). Cuando su familia se enteró de la resolución de suicidio, se puso feliz: ya no lo soportaban. Se hizo una misa de moribundos que su madre comentó como "tan linda". En la última euforia agónica, pidió una leche malteada de fresa pero sólo pudieron conseguirle un chocolate con avellanas. Murió después de haberse confesado y comulgado. El, descendiente directo de un benemérito de la patria, dejó su herencia a un jovencito mugroso del pueblo bajo. Murió en su cama como católico a los treinta y nueve años de su edad.

Le pedí a Octavio que me poseyera, que me cogiera. Se reprime tanto que tiene problemas de erección del pene. Le estuve besando las nalgas y el pubis para calentarlo, después me tendí bocabajo y él me untó crema en el ano, me mordió una nalga y luego se montó introduciéndome la punta de su verga. Estuve inmóvil pidiéndole que me la metiera toda, pero él se tardaba contemplando su verga en erección insertada a medias en mi ano. Entonces me moví y su verga se zafó. Se levantó enojado, fue al baño, salió y me dijo: “No quiero que me vuelvas a hablar por teléfono”. Lo vi furioso. Entonces comencé a acariciar el cuerpo y a besarlo. Se puso los pantalones y la camisa y yo también me vestí. Repitió: “No vuelvas a llamarme por teléfono”, y yo me acerqué cariñoso a él diciendo: “¿Entonces a quién voy a llamarle por teléfono?” Se me llenaron los ojos de lágrimas y él sonrió. Le di un beso y comenzamos a bromear.

—Tienes que usar los pantalones más ajustados para que se vea mejor la mercancía— le dije tocándole el culo.

—A mí me gusta que me lloren— dijo refiriéndose a mis lágrimas.

Reímos tanto, chanceamos tanto pellizcándonos el cuerpo vestido, nos bromeamos, nos tocamos y agarramos la verga sobre el pantalón y la espalda sobre la camiseta. Y después estallamos en una risa abrazándonos.

Aquel doctor de la universidad me dijo: “Usted no sigue los métodos alemanes”. Recogí mi trabajo académico, pero el doctor añadió: “Lo invito a tomar una cerveza”. Entonces huí aterrado. Otro doctor alemán me dijo: “¿Cómo hacen en México cuando una persona les gusta?” “Pues uno dice: tú me gustas”, respondí. “Ah, entonces son mejores los métodos mexicanos”.

Debe narrar ahora un suceso en que el amor edifica: en un concurrido centro social entré al sanitario a mear. Un policía estaba fumando al lado de un retrete semiabierto; dentro, se veía el saco azul de un hombre que cumplía una función fisiológica; sospeché que meaba, pero se tardaba demasiado tiempo. Otro vigilante, sin uniforme, estaba al lado. Salí del servicio sanitario. Un rato después, en el pasillo, vi que los vigilantes hablaban con un hombre de saco azul con bigote y con uno de suéter café. La cajera, abajo, puso a su espalda un recado que el de suéter café leyó con un gesto. El policía y el vigilante conversaban con los dos que habían estado en acción sexual en el retrete. Al día siguiente vi que los dos sorprendidos, el de saco azul y el de suéter café, trabajaban en el concurrido centro social, uno en la caja y otro en la entrega de objetos de regalo. A ambos les habían dado un empleo: sin duda trabajarán por el progreso de la empresa donde encontraron el amor.

Octavio me había dicho: “Cómo quisiera venir a vivir contigo”. Ese día pensé que seríamos el uno para el otro. Una semana después le llamé por teléfono:

—Recuerda que nos vamos a ver hoy a las cuatro de la tarde.

Mi llamada era ociosa, pues los que se aman no necesitan recordarse previamente una cita.

—No —respondió—, no voy a ir.

—¿Por qué?— pregunté asombrado.

—Porque no tengo ganas.

—Octavio —dije yo tembloroso—, somos amigos. Hay una relación. Yo te quiero y tú me quieres.

—No tengo tiempo, tengo que hacer otras cosas.

—Yo te amo y tú me amas.

—No puedo ir.

—Bueno —dije tomando aire y resolución—, si nos volvemos a ver, quiero que sea dentro de muchos años.

2 de enero 1981

INDICE

Cristina	5
Octavio	13

LA PAZ DEL FUEGO 6 se terminó de imprimir el 15 de mayo de 1981. Se imprimieron 200 ejemplares en offset en los talleres de la Sección de Impresión y Reproducción de la UAM—Azcapotzalco. La edición estuvo al cuidado de Jorge Duarte y Héctor Carreto. Composición: Consuelo Pérez C. EDICIONES DE LA COORDINACION DE EXTENSION UNIVERSITARIA / DISTRIBUCION GRATUITA.



